


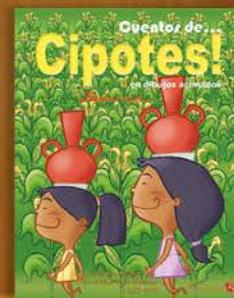
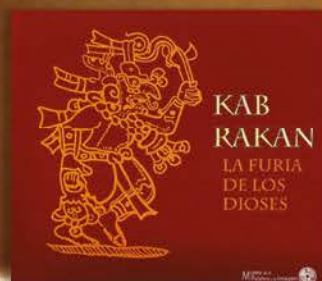
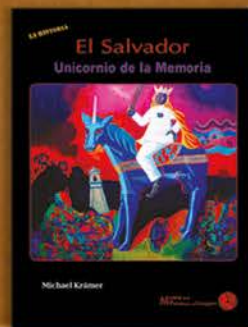
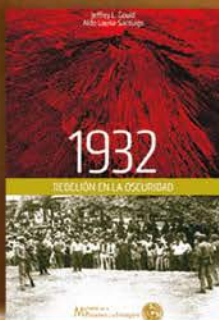
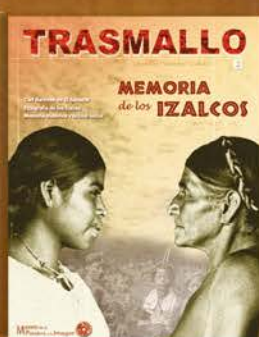
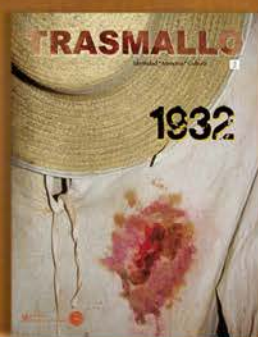
# TRASMALLO

Identidad\* Memoria\* Cultura

Una historia  
*de mujeres*

Museo de la  
Palabra y la Imagen 

# Nuestra memoria...



**Director:**  
Carlos Henríquez Consalvi, Santiago

**Colaboraron en esta edición:**  
Kate Kenealy, Paola Lorenzana  
Georgina Hernández, Milton Doño  
Familia Marroquín Casamalhuapa  
Familia de Prudencia Ayala

**Corrección:**  
Tania Preza, Claudia A. García

**Diseño Gráfico:**  
Mariana Rivas, Astrid Montes

**Edición fotográfica:**  
Rodolfo González, Carlos Colorado

**Archivo Histórico:**  
Jakelyn López, Oscar Campos

**Distribución:**  
Ivon López, Lucio Vásquez

**Museo de la Palabra y la Imagen**  
27 Avenida Norte, # 1140,  
Urb. La Esperanza  
San Salvador, El Salvador

**PBX: (503) 2275-4870**

**mupi@museo.com.sv**  
**www.museo.com.sv**

**Testimonios:**  
Antonina, Arelly, Crecencia, Gloria,  
Heydi, Lucía, María, Morena, Nilda,  
Otinia, Teodora, Teresa, y Dina.

# TRASMALLO

Identidad \* Memoria \* Cultura

**Número 4 / 2009**

ISSN 1817-5724

## Carta del Museo

Este cuarto número de Trasmallo recoge interesantes huellas de la memoria femenina plasmadas en la historia y la cultura salvadoreña.

En esta ocasión presentamos Una historia de mujeres, recopilación realizada por Kate Kenealy, quien recorrió los caminos de El Salvador captando la memoria oral de salvadoreñas que nos transmiten sus vivencias y reflexiones sobre la guerra y la paz.

Introducimos dos esbozos biográficos, el de Prudencia Ayala, precursora de la lucha por los derechos femeninos en El Salvador, y el de Amparo Casamalhuapa, quien en 1939 pronunció un valiente discurso en la plaza central de San Salvador, denunciando la ausencia de libertades y la corrupción de algunos funcionarios gubernamentales durante la tiranía de Hernández Martínez, quien la obligó a exiliarse.

Agregamos las Crónicas de Dina, testimonios de una de las integrantes de Radio Venceremos, ella nos comunica con humor, ironía y transparencia, parte de la cotidianidad que durante once años vivió en la montañas de Morazán.

En el ámbito de la poesía incluimos a nuestra Claudia Lars en el centenario de su nacimiento y a Paola Lorenzana, una joven voz de nuestra literatura. Finalmente resaltamos la huella de las mujeres que integraron la familia de Salarrué.

En todas ellas, precursoras de los tiempos de cambio, encontraremos referentes puntuales de nuestra identidad, así como de la historia cultural y política salvadoreña.

# Amparo Casamalhuapa

*una voz en el silencio*



“...se prohíbe mirar al infinito,  
al infinito que se torna mínimo en  
el cáliz de una flor, dulce en la  
garganta del pájaro, dolorido en las  
lágrimas de un niño...”

*clara  
...  
ch. don*

Por Carlos Henríquez Consalvi

Amparo Casamahuapa nace en Nejapa el 9 de mayo de 1909, muy joven se traslada a San Salvador, y en 1927 se gradúa de maestra, profesión que ejerce en el Colegio García Flamenco y otros institutos educacionales.

Desde adolescente, mostró una particular sensibilidad social, soñando con cambiar las estructuras sociales y políticas de su tiempo, encontró en la literatura y el activismo político, un camino hacia esa búsqueda. En esa época conoció a Alberto Masferrer, del cual se consideró su discípula. Junto a otros estudiantes, periodistas y poetas alfabetizaba en el Parque Bolívar; donde también se reflexionaba sobre la realidad nacional.

En 1938 publica el libro en prosa "Joven Sembrador", donde muestra sus ideas inspiradas en la doctrina vitalista de Masferrer. En su doble faceta de maestra y escritora, captó la situación que vivía la mujer salvadoreña, y fustigó lacras sociales como el machismo, la ignorancia y la falta de oportunidades educativas que mantenían a la mujer y a la familia en una situación de vulnerabilidad. Sobre esta obra, su gran amiga Claudia Lars escribió: "no es un libro literario en la más común acepción de este adjetivo. La literatura, sin un sentido humano y vital, sin honda raíz de verdades eternas, mero juego de palabras musicales, deleite íntimo al expresar lo bello, arte por el arte mismo y nada más, resulta, en estos tiempos de angustia y de zozobra, lujo de inconscientes y pecado de egoístas."



En sus escritos publicados regularmente en periódicos de la época, como el Diario Latino, Amparo continuó desnudando las injusticias sociales y la exclusión femenina en el ámbito de la educación, el trabajo y los derechos civiles.

"Madre que bajas al pueblo  
trayendo en las pobres manos  
la miseria de tu rancho  
y el cansancio de tu raza.  
(...) Madre pobre de los campos:  
¡ya no hagas hijos esclavos,  
mira que te mira el sol!  
Este mismo sol que alumbra  
la rebelión del que sufre  
allá en pueblos muy lejanos..."

"Madre Campesina"

Varias fuentes la ubican en este periodo, como una activa militante revolucionaria, involucrada en las luchas sociales contra la dictadura, por lo cual el régimen comienza a hostigarla, al ordenarle al Subsecretario de Instrucción Pública y al Alcalde de San Salvador que no le dieran trabajo como maestra en las escuelas públicas por haberse negado a trabajar a favor de la reelección presidencial del General Hernández Martínez, desafiando así las presiones del partido Pro-Patria.

Amparo Casamalhuapa cobra notoriedad el 29 de agosto de 1939, durante una ofrenda floral en el aniversario del fusilamiento del líder liberal Gerardo Barrios, cuando es escogida como oradora, y en la plaza Barrios pronuncia un vibrante discurso, en el cual denuncia la ausencia de libertades y señala la corrupción de algunos funcionarios gubernamentales.



"Porque todos sabemos, que hoy mas que en ningún tiempo, estamos pasando por un periodo de verdadera tiranía y corrupción social, en que decir la verdad y defender la Ley es un crimen que se paga con la cárcel y el destierro."

con mi palabra limpia de soborno y de intriga, vengo a rendir homenaje a un hombre que lleva su nombre. La Sociedad me pidió una oración fúnebre, un discurso de colaboración por el bienestar de mi Patria, sólo pueden tomar del pasado un ejemplo para las luchas presentes. Es por esto que mi espíritu se levanta a invocar en esta hora de doliente conmemoración, el espíritu viril de aquel militar insigne, para que sus palabras caigan en tierra fértil y sean una lección viviente. Señores: el Salvador no debe ni puede olvidar a los hombres que marcaron una trayectoria luminosa en su vida; y es porque la inquietud y el anhelo de mejorar están palpitando en nuestra sangre, por lo que hoy hemos venido a recordar al estadista respetuoso de la Ley, al militar que dió lecciones de bravura y de honor, al estadista generoso que dió alas al pensamiento y amplió los horizontes de nuestra economía nacional.

Para hablar de José Gerardo Barrios Espinosa sin mencionar su nombre es preciso vestirse una coraza de valor, es necesario situarse en un plano de valentía, de responsabilidad para seguir sus huellas, es urgente arrostrar el peligro en aras de la redención nacional.

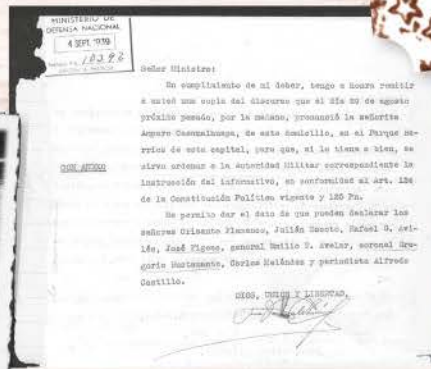


Luego de este discurso, el periodista Quino Caso escribió: "El Salvador tiene en Amparo Casamalhuapa a uno de sus más altos valores morales; su magisterio, a una maestra de la más pura estirpe; un oído atento, una conciencia diáfana y a un espíritu en vibración permanente ante las reacciones que ofrecen las injusticias, el dolor y la miseria de su pueblo."

Este acto de valentía marcaría su vida para siempre: el General Tomás Calderón ordena que se le inicie un juicio militar, y Amparo tiene que huir por los caminos clandestinos, a lomo de mula, rumbo a Honduras. Luego escribiría sobre esa anécdota, desnudando los prejuicios machistas de la época, al hacer alusión a la manera en que cabalgó en esa oportunidad, pues no sabía "montar como mujer": Relató que al encontrarse en el camino con gente "de a caballo", que miraba con hostilidad y censura a la muchacha montada como varón. En uno de esos encuentros un hombre ya maduro, con visos de

patrón, dijo a sus trabajadores: “El día que yo llegara a Presidente de Honduras, dictaría una ley prohibiendo a las mujeres usar pantalones y montar a caballo como hombre.”

En ese viaje pudo palpar las duras condiciones socioeconómicas de los pueblos centroamericanos, y así lo describió: “muchachas escuálidas que iban con rimeros de comales en la cabeza; a niños desnutridos, palúdicos, ayudando a sus padres a llevar las alforjas con su pobre comida. Aquel tropel de siervos no conocía el alfabeto, ni sabía nada de la capital de su país, ni del gobierno dictatorial y petulante que se sentaba al banquete del mundo para representarlos y dizque para mejorar su destino”.



Posteriormente Amparo Casamalhuapa viaja a México, tierra de acogida para exiliados de todas partes del mundo. Allí se reúne con el antropólogo Alejandro Dagoberto Marroquín, uno de los intelectuales más lúcidos de su tiempo, con quien contrae matrimonio y procrean dos hijos, Lenin Alejandro y Rolando. A la caída del dictador, la familia retorna a El Salvador en mayo de 1944, donde nace su hija Rosalba. No estarían mucho tiempo en su patria, pues dos veces más tuvieron que tomar de nuevo el camino del exilio, a raíz de la persecución política de las dictaduras militares.

En 1971, antes de su prematura muerte, publica una novela con tintes autobiográficos: “El Angosto Sendero”, donde condensa su vida de persecución, exilio e intensas vivencias, y recrea a la sociedad conservadora y patriarcal, desafiada por la protagonista Rosalba, quien irrumpe en el espacio público descartando la sumisión femenina y sublevándose contra el padrastro, el cura, y denunciando al dictador “que ordenó asesinar –en tres meses- a doce mil ciudadanos



*inermes para consolidarse en el Poder y que luego ha pisoteado la Constitución de la República y la dignidad de todo ciudadano honrado”.*

En esta obra dibuja al país, como la “*inmensa cárcel en que se había convertido El Salvador*”, y plasma a una Centroamérica sin justicia, ni democracia, mucho menos equidad, un estado de cosas que presagiaban los conflictos bélicos que estallarían una década después de publicar su novela.

En nuestra memoria histórica queda la huella de su gesto de valentía frente a la opresión y sus sueños por una sociedad más justa y equitativa. Ella es una de tantas salvadoreñas invisibilizadas por la historia oficial, sobre cuya vida y obra el Museo de la Palabra y la Imagen desea dar a conocer a las nuevas generaciones el papel que ella dignamente labró en la historia cultural y política de El Salvador.

Kate Kenealy, con entusiasmo singular y un tierno amor por la memoria, recorrió El Salvador en busca de las voces de las mujeres. Testimonios de la intrahistoria, que construye desde abajo un épico relato colectivo de lucha y esperanza. De todas las historias de vida que recogió Kate, ahora presentamos una apretada selección.

*“Yo deseaba recuperar estas historias que han sido marginalizadas solo por el hecho de ser historias de mujeres. Mi intención es que las nuevas generaciones tengan una visión más amplia del pasado.”*

*Kate Kenealy*

# Una historia de mujeres

A woman's hand is shown holding a large, circular wooden ring, known as a ginepro, against a solid red background. The hand is positioned in the center-right of the frame, with the fingers wrapped around the ring. The ring is made of a thick, dark wood and has a smooth, polished surface. The lighting is dramatic, highlighting the texture of the wood and the skin of the hand. The overall composition is simple and powerful, symbolizing strength and tradition.



**Meanguera, Morazán.**

# Crecencia

*Crecencia*

**Crecencia, mujer que a pesar de las adversidades de su vida, con gran valor e ingenio ha luchado incansablemente por su familia, mostrando desde niña fortaleza y sensatez para forjar su destino.**

“Cuando ya se vino la guerra, mi mamá estaba recién criando y se enfermó de la mente. Por la bulla de la guerra se enfermó y se fue. Sólo llevó a la niña tiernita, no más que tenía tres días. Nosotros buscando a mi mamá por todas las casas cerquitas y no la encontramos. Mi abuelo y la demás gente fueron a buscarla por la quebrada. Entonces mi abuelo encontró a mi mamá con la niña y se la llevó para Jocoaitique a buscar medicina. Mi abuelo la encontró pero él no nos avisó a nosotros. Nosotros no contábamos si estaba viva porque nosotros no sabíamos. A los diez años la volvimos a ver. A pues después de eso quedamos nosotros solos. Mis hermanas mayores, en vez de quedarse solas, se acompañaron y yo me quedé solita con mi papá y los otros niños más pequeños. Yo era la más grande que había quedado. Yo tenía once años.

De allí, cuando pasaron los soldados recogiendo la gente del caserío de El Mozote, encontraron a mi papá en la milpa y lo mataron. Ya nosotros quedábamos sin papá y sin mamá, sin amparo de nadie. Yo era la más grande y tenía que averiguar como iba a hacer para mis hermanos. No tenía nadita, nada que ver con la guerra mi papi. Lo encontró el hermano de él, ya muerto. Entonces lo enterraron y porque estábamos muy pequeños, no nos quisieron contar. Pero nosotros quedamos esperando, y esperando y esperando y mi papá nunca llegó. Nos contó después de ocho días de enterrarlo.

Entonces cuando pasaron recogiendo a la gente sólo yo estaba con mis tres hermanos menores. Pues, yo me fui para el monte porque mataron a una señora arriba de donde vivíamos nosotros. Oímos las balas que tiraron a la señora y salimos de la casa. Estábamos en el monte en la orilla de una quebrada. Allí estuvimos tres días, sólo nosotros. Allí pasamos las noches y sólo tomábamos agua y no comimos ni una boca de tortilla. Cuando yo veía que ellos lloraban de hambre, les dije yo, “Salgamos aunque nos mate.” Yo también lloraba pero calladito para que no me viera llorar a mi. Cuando venimos para arriba, ya eran tres días que habían pasado los soldados recogiendo toda la gente de todos los caseríos. Pasamos por aquí un día antes de la masacre aquí en El Mozote. Una noche antes.

Yo salí a las tres de la tarde del monte y no había nadie. Los soldados ya habían pasado de paso pero yo no sabía. No había quien nos dijera. Cuando pasábamos para arriba habían matado a una señora, sólo porque no podía caminar, no podía venirse para acá. Allí le mataron en la casa y le había dejado una parte del cuerpo afuera de la casita y la otra parte adentro. Colgada en la puerta estaba. Cuando pasábamos hayamos la señora así.

Entonces llegamos a la casa de Israel Márquez a las cuatro de la tarde. ¡Había treinta familias! Pues allí me encontré con un padrino mío. Me dijo, “Hoy que ya nos encontramos, ya no vamos a separarnos y aquí tenemos que quedarnos todos juntos y ustedes no tienen que ir caminado.” “No padrino,” le dije yo. “Yo no me quedo aquí.” Y me dijo él, “Aquí no va a pasar nada. Vamos a ir a

la iglesia y vamos a rezar y no nos va a pasar nada.” “No,” le dije yo. “Aquí nos van a matar. A mi papi ya lo mataron.” Me decía a mí que allí me quedara, que allí me quedara. “No me quedo aquí,” le dije. Me dio un abrazo y nos fuimos a las cinco de la tarde de aquí del caserío El Mozote.

Cuando nosotros nos íbamos, ya venían los soldados matando a la gente. Estaban en el desvío de El Mozote. Pero nosotros no nos fuimos por el mero desvío. Si hubiéramos pasado por el desvío, nos hubieran matado porque ya venían matando todito, todito: gallinas, chuchos, chanchos, vacas, todito. Pasamos nosotros, todita la noche caminando para Telchiga, donde estaba mi hermana mayor. Yo cuando me cansaba, lo que hacía era acostar el niño tiernito, porque sólo chineado lo llevaba. Lo acostaba a él dormir un ratito y a la otra hermana mía, la más chiquita. Pero la otra que quedaba después de mí no la dejaba que se durmiera porque

*“Teníamos diez años de no vernos. ¡Fue un encuentro tan duro, duro! A mi me agarró abrazada y yo la agarré abrazada y nos pusimos a llorar. Me decía mi mami, “Dios mió, yo le hacía muerta a usted.” No sabía ella que nosotros vivíamos, ni nosotros sabíamos que ella vivía.”*

a mi me daba miedo. ¡Pasamos dos ríos, en la noche, en el oscuro, sin nada de luz! Yo sin saber si el río estaba hondo o como estaba me metía a la poza.

Llegamos a la casa donde mi hermana a las siete de la mañana. Ya se, oíamos los aviones, volando aquí en El Mozote. Ya cuando era como las once de la mañana ya se miraba la gran humasón ¡de toditos colores! Venía un norte y este norte llegaba a un cerro donde estábamos nosotros y sentía el gran olor de carne asada. Nosotros escuchamos la gran balacera y sentíamos el gran olor de carne asada porque estaban quemando toda la gente acá en El Mozote.

Cuando hicieron la masacre acá, con engaño traían a la gente. Les decían, aquí no les iba a pasar nada, que aquí les iban a dar alimentación. Para matarlos, hicieron así: Separaron los hombres, las mujeres, los niños, las muchachas, toditos apartes. Rufina Amaya, que fue la única sobreviviente de la masacre aquí en El Mozote, tenía una niña de ocho meses. Se la quitaron a la fuerza. Fue la primera niña que mataron. Porque ella gritaba, si la iban a matar que la mataran con todos los niños en los brazos. Le quitaron la niña y enfrente de ella, tiraron la niña para arriba y le esperaron con un cuchillo de dos filos, para que la niña cayera en el cuchillo. Decían ellos que eran guerrilleros que mataban, pero aquí no había guerrilla. Pero ellos pensaban que la gente aquí iba a ser la montaña

para los guerrilleros. Pero no, porque la gente no se metía con nadie. Después de la masacre aquí en El Mozote, a los tres días, nos encontraron los compas y nos sacaron para Honduras. Y ellos nos dijeron de la masacre. Ellos creían que nosotros aquí habíamos muerto. Cuando nos encontró a nosotros, nos agarró abrazados, y lloró. “Yo creía que ustedes murieron en El Mozote,” dijo él, “Porque allí murió todita la gente.”

Ya estando en Honduras, bueno yo, a los doce años y medio, tenía yo de vida, cuando me vine para acá. Yo anduve con los compas. Yo decidí venir porque dije yo, “La gente de El Mozote, la mataron, inocentemente, sin poder defender, y porque nosotros no vamos a luchar porque fue sangre la que desamarró.” Dejé mis hermanos allá y me vine para acá. Anduve cinco años. Mire, andando en la guerra no era muy fácil. Anduve tres meses sin zapatos y caminábamos día y noche. ¡Y sin zapatos! No era porque no había. El problema estaba que no me hallaba para mi medida, porque era muy pequeña. Yo anduve de cocinera, haciendo tortillas a los compas.

Andando aquí en la guerra cuando tomaron a Jocoaitique, los compas me dijeron, “Fijate, allí está tu mami.” Entonces les dije yo, “Denme permiso para ir a verla.” Me dieron un M-16 y me vine yo con un M-16, armada a buscar a mi mamá. Yo no la conocía y tampoco ella no me conocía. Teníamos diez años de no vernos. ¡Fue un encuentro tan duro, duro! A mi me agarró abrazada y yo la agarré abrazada y nos pusimos a llorar. Me decía mi mami, “Dios mió, yo le hacía muerta a usted.” No sabía ella que nosotros vivíamos, ni nosotros sabíamos que ella vivía.



Después de eso, salí embarazada y me fui para Honduras. Allá crecí una niña que es la primera que yo tengo. Pero, también la vida en Honduras no fue fácil. Allá yo estaba recién criando, la niña tenía no más nueve días, cuando hubo una masacre allá en Honduras. Hubo siete muertos, veinticinco heridos, treinta personas que capturaban los soldados hondureños. Ellos decían que los guerrilleros estaban allí.

Allá me acompañé y salí embarazada de otro niño. Cuando vine aquí a El Salvador traía tres niños. Acá conocí a mi esposo con quien vivo hoy y con él no más tengo una niña. La mamá de mis dos nietos tiene veintidós años. Ella tuvo la niña de once años. A ella la violó. Hace unos cuatro días de que a ella le había quitado la primera menstruación, la violó. Ella estaba solita en la casa y la endrogó. En una gaseosa le dio una pastilla, y ya no sintió la niña. Era un hermano de mi esposo. Ella no me dijo. No sabía lo que era que le había pasado, pero sabía que la había jodido el hombre. Pero ella no me decía porque el hombre le decía que la mataría. A los seis meses me di cuenta yo. Primeramente, ella tenía la mente muy traumada. Es que el hombre la odiaba.

Nosotros sentíamos tan mal porque acordamos de la gente que había muerto aquí. ¡De aguardo! Si yo le hubiera hecho caso a mi padrino nos hubiéramos quedados. ¿Y como íbamos a salvar nosotros? Rufina Amaya, por un milagro de Dios, ella se salvó, ya de ojitos, para que quedara

aquella persona para contar a la demás.

Cuando empezaba yo a hablar de la guerra me pegaba un dolor en el pecho y no podía hablar y me caía de un solo. Era lo que yo sentía en mi corazón, de la gente que había muerto acá. Pero, fijese, me ponía en oración, y yo sentí que bastante me ayudó. Hay gente que dice lo contrario. Ellos dicen que aquí fue la guerrilla, que la guerrilla tuvo la culpa. Pero aquí no fueron los guerrilleros. Aquí fue la fuerza armada. Fue el batallón Atlacatl, mandado por Domingo Monterrosa. ¡Esa es la realidad! ¿Y para qué voy a mentir? Lo que pasó, pasó y es la realidad y es lo que nosotros tenemos que decir.

Después de la guerra nosotros empezamos de cero, cero, cero. Cuando yo me acompañé con mi esposo el era un bolo. Es lisiado, perdió una manito. No teníamos nada. No teníamos casa ni donde vivir. Nosotros primeramente sólo teníamos un ranchito que sólo cabía una cama y una hamaca. Allí vivíamos y no decíamos nada porque teníamos el pan de cada día. Pero ya después ya no queríamos vivir así. Queríamos vivir mejor pero teníamos que usar la cabeza. Yo iba a trabajar en Gotera a vender sopa de mondongo. Era muy mínimo lo que ganaba, pero lo ahorra, como no era mío. Y el dejó de tomar. Yo le dije, “¿Vas a tomar o vas a seguir la vida conmigo?” También yo le decía, “Ahorremos y compremos un molino.” Este molino, mamita, nos ayudó levantar esta casa. Yo no sé leer ni escribir pero gracias a Dios mi mente no fue tan tonta.” ♀





# Heydi

Meanguera, Morazán.

**Su rostro refleja el sufrimiento de muchos años, pero es Mujer que desde su timidez e inocencia concibió el coraje necesario para combatir en la guerra, y siempre alberga la esperanza de lograr un mejor futuro para su pueblo.**

Somos del cantón Guacamaya. Salí de Guacamaya por el tiempo de la guerra, en el 81. Salimos huyendo. Estábamos un tiempo en el monte con mis padres y con mis hermanos, cinco hermanos varones y una hembra. Unos estaban chiquitos. Y luego, cuando la situación lo hallaba uno sólo huyendo, tuvimos que incorporarnos a la guerrilla. Sólo me incorporé con mis hermanos, y mis padres se fueron con los niños para Honduras. Anduve bastante tiempo. Cuando me fui, la guerra no había llegado a los Acuerdos de Paz. Me fui porque salí lesionada. Me mandaron para Honduras. Después, regresé y anduve dos años más. Y después ya salí embarazada de una hembra que tengo. Volví a Honduras. Cuando volví, ya me vine con toda la gente porque yo fui parte de la gente de Segundo Montes. Ya luego se hicieron los Acuerdos de Paz. Pero más o menos yo anduve quince años en la guerra.

En Jocoaitique había mucha policía, guardias, le decían, y sólo porque uno era de El Mozote o iba comprar allá, por eso se moría. Decían que era la mata de la guerrilla. Ya luego nos fuimos entendiendo y lo que hicieron los compañeros de guerra, como decían, empezaban a ver gente armada. Ellos nos platicaban que nosotros no podíamos vivir así, que teníamos que buscar un refugio para defender a los niños, los ancianos y todos que se pudieran. Nosotros los

jóvenes nos quedamos para incorporarnos con los compas. Yo aprendí de la guerra porque vi la necesidad, que yo sin hacer nada me perseguían, para quitarme la vida. Así perdí a mis hermanos. Yo digo que mis hermanos han muerto por nada y yo no puedo morir con los brazos cruzados. Voy a incorporarme y voy a servirle a este pueblo sea con lo poquito que yo puedo.

Y yo me quedé de once años. Estaba muy pequeña pero de esa edad yo empecé a ser una médica brigadista. Tenía ya mi aprendizaje para aprender a curar los heridos. Yo llegué a aprender operar. No muy sola, pero que alguien estuviera diciendo, yo podía hacer una operación. Yo aprendí con uno de mis hermanos. Se metió una esquirra y yo tenía que sacársela. Allí estaba un médico y él me dijo, "Así se va a hacer, así se va a hacer." Lo cual, mi hermano, quedó bien.

Quiero contarle el caso de aquí de El Mozote. Nosotros no pusimos fuerza por tratar de defender a la gente que estaba. Mejor tratar de decir la gente que se fuera. Y la que se quedó, fue la que murió porque la engañaron. Por la gente que se iba huyendo, nosotros íbamos atrás cubriendo para que no le pasara nada. Entonces la gente que se quedó aquí dijo, "No, aquí estuvimos la vez pasada y no nos va a pasar nada. Vamos a quedarnos en las manos de Dios." Vinieron los soldados y les dijeron, "Váyanse todos para el llano. Nada les va a pasar." Y se fueron toda la gente que estaban encerrado, niños, mujeres, ancianos, porque eran los más que se quedaban. Entonces empezaron a matar a sangre fría. Algo yo vi porque me quedé perdida. No lo vi de

*“Como mujer en la guerra, en principio me dio miedo. Pero después iba agarrando valor. Yo me cuidaba. Decía la gente que nosotros andábamos en un grupo de hombres y servíamos a todos. Pero no fue así.”*



aquí pero lo vi del caserío de La Joya. Primero empezaron con los niños, a tirarlos y ponerlos en un *yatagán* para que quedaran trabados. Si no, les disparaban de una vez en la cabeza. Y después siguieron con las señoras. Luego con los señores.

La Fuerza Armada no respetó. Como le digo yo no fui la gran cosa pero me acuerdo que cuando capturaban un soldado lo tratábamos mas como un compañero. Nosotros teníamos en mente claro que algunos soldados andaban no porque ellos querían, pero andaban a la fuerza, porque lo habían capturado los soldados. Lo capturábamos y lo

incorporábamos y él iba a combate. Y cuando más poder lo entregábamos a La Cruz Roja. Si ellos lograban capturar a uno de nosotros empezaban por torturar y a matar. Por allá no respetaban edades ni nada. Ni averiguaban, pues. Andaban quitando pedacitos, andaban violando. Una vez, mataron a una compañera que no era de aquí de El Salvador. Ella era muy bonita y era estadounidense y la anduvieron tres días ya muerta sólo para tener relaciones con ella ya muerta. Tres días la anduvieron. La capturaban, la violaban bien, la tenían amarada, y la hicieron ahorcada, para no sacarle sangre y después la anduvieron tres días más. Llegamos a hacer un ataque en este lugar, y la dejaron.

En los campamentos allí andaba la cocinera, andaban los médicos, allí andaban los radistas que es un trabajo que yo aprendí. Estuve en la Radio Venceremos. La Radio Venceremos era muy bonito. Santiago, un locutor y director, nos orientaba. Él, cuando capturaban soldados, él fue a hablar con ellos, a grabarlos, a mandar un mensaje a los soldados y ponía palabras de los soldados que habían fallado. Nos daba muchos consejos y nos daba valor. Por fin yo llegué a trabajar con la radio y vi que era bonito porque allí trabajaban bastantes para sacar noticias, para dar noticias, para monitorear todo.

Yo me sentía sola porque ya no estaba con mi familia. Yo no sabía si los volvería a ver. Yo también sentía fuerza, sentía valor. Mis hermanos, ellos ya se habían muerto. Trataba que hacer lo posible para que mi familia regresara aquí y que ya no sufriera lo que estábamos sufriendo. Si yo lograba salir iba a ir donde mis padres con mis hermanos que estaban en el refugio. Lo cual pues, fue cierto que lo logré pero quedé bastante lisiada. Uno sufría para ir a ver la familia. La primera vez que fui ya tenía ocho años de no verlos. Tenía hermanitos chiquitos cuando me aparté de ellos. Quería ver a estos niños. Mis padres me repetían, *“No vaya a salir embarazada allí, hija. Puede perder su hijo, cuidese mucho y mejor estar sola y servirle al pueblo. Tanto le necesita.”*

Como mujer en la guerra, en principio me dio miedo. Pero después iba agarrando valor. Yo me cuidaba. Decía la gente que nosotros andábamos en un grupo de hombres y servíamos a todos. Pero no fue así. Allá había respeto. Si quería una tener un novio, tenía que pedir un permiso. No podía decir aquí estamos entre todos y yo puedo servir de novia de cualquiera. Tal vez por eso llegué a los veintiún años y no sabía qué era un novio. Yo trabajaba bastante y



cosas me olvidé. Pero si hay muchas cosas que todavía me acuerdo. Lo que he aprendido no me he olvidado. Lo que sufrí, creo que... a partir del sufrimiento que uno tiene, no se le queda todo.

Pero hay cosas que nunca se olvidan. Por ejemplo de perder su familia. Porque yo no solo perdí a mis hermanos sino a muchos familiares más. Aquí casi no hay gente que no perdía uno de su familia. Pues, es una historia para el futuro y los que vienen. Hoy tenemos libertad y antes no la teníamos. Antes, mucha gente no tenía dónde dormir, ni dónde hacer un pedacito de milpa. Hoy la tenemos. Aunque algunos no creyeron a nosotros y ni creen que han alcanzado. Para ser un combatiente no es una cosa fácil pero si uno esta conciente por qué lo hizo, por qué lo hace, se siente fácil y nosotros por eso sentimos orgullosos de haber participado en esta guerra. Ya pasó la guerra de fuego pero si se oye de una guerra de voces de pensamiento todavía está.

Yo quisiera tantas cosas para el futuro. Quisiera un cambio en este país. De que haya justicia como se dice. Que todos podamos hablar. Que podamos entendernos.

Que una piense una cosa y otro piense otra. Que pueda hablar con todo el mundo, sea quien sea. Que ya no haya tanta pobreza. Para que todos tengan su poquito. Quisiera tanto por mi, tanto por mis hijos y la juventud salvadoreña y el futuro que viene. ♀

*“Yo quisiera tantas cosas para el futuro. Quisiera un cambio en este país. De que haya justicia como se dice. Que todos podamos hablar. Que podamos entendernos.”*

yo sabía que uno de un ratito u otro no iba a estar. Fuera una o fuera él. ¿Para qué meterse con uno? De once años a veintiún llegué y lo hice por necesidad. Me fijé de salir embarazada quizás descansaría mis días. Por eso. Pero también no lo hice con seguridad que yo y mi compañero íbamos a volver a ver. Porque me salió cabal lo que pensé. Eso me da sentir porque un mes cabal estuve y él se murió y yo quedé con la niña.

Todavía estuve bastante tiempo embarazada pero a los seis meses me sacaron para Honduras. Allá tuve la niña pero cuando me fui, iba con mala suerte porque paré en una mina y me enredé. Me quebró la pierna. Llegué allá y no caminaba. Me llevaron los compañeros en una camilla. Yo soy una compañera lisiada. Por una parte mi memoria. Tuve un tiempo que no podía hablar. Ni me acordaba por un golpe de una bomba que cayó cerca. Después de un mes me puse así, ya conociendo la gente. En principio no conocía a la gente porque me quemé. Me quemé todo, el cabello y todo. Yo no miraba nada. Ellos me platicaban para que fuera agarrando otra vez la mentalidad. En el 84 fué. Todavía estaba bastante tierna. Entonces por eso bastantes





**San Fernando, Morazán.**

# María

**Su rostro sencillo refleja la historia y el apego a la vida, pero sobre todo irradia el amor, abnegación y valores morales que la mujer salvadoreña siente por su familia.**

Yo le digo, madrecita, que he sufrido pero por el poder del Señor aquí estoy todavía. Soy del año 31, entonces tengo...quiero ver... tengo un poco más o menos setenta y seis años. Y soy nacida de aquí. Mi mamá, lastimosamente, mi papá la embarazó y no se hizo cargo de ella. Mi mamá se quedó con mis abuelitos. Ella me tuvo a mí a los veinticuatro años. Eran más respetuosos en este tiempo. Pero, lastimosamente, mi mamá se murió de veintiséis años dejando a mí de diecisiete meses, con mis abuelitos. Ellos, del poder de Dios, trabajaban para criarme. Eran muy pobres mis abuelitos y crecimos en una casita de cucurucho de palitos y el techo de zacate. Hacíamos milpa y teníamos una finquita y así crecía. Estudie dos años porque mi abuelita me dijo, “Dos años te voy a mandar a la escuela para aprender lo que necesitas.”

Me acompañé, porque no me casé, solo nos juntamos, con Antonio cuando tenía unos diecinueve años. El era de aquí también, de una finquita cerca de la de mis abuelitos. El me hizo una casita de paja para crecer mis hijos. Tuvimos seis por todo pero uno ya se me murió. Un carro me la mató allá en San Salvador donde trabajaba ella. Ella iba al trabajo y para no llegar tarde, se apuró y el carro me la mató. Solo duró dos días después del accidente. Tengo dos hijas todavía aquí con migo y los otros tres están en San Salvador, trabajando. Siempre me visitan y vienen cargaditos. Me siento muy orgullosa de todos mis hijos.

Con mi marido, hacíamos milpa para hacer el combustible al año. Sembrábamos maíz, maicillo, frijol chilipuco y frijol rojo en tierra alquilada en el lado de Honduras. Era muy lindo este tiempo porque sacábamos de la milpa para la crianza de la familia. Casi nunca compraba maíz porque siempre salía cabal cuando venía la otra cosecha. Yo estaba cuidando la milpa con la niña más pequeña, la que tengo aquí conmigo, cuando vino mi tío avisándome que tuviera que huir. Los soldados hondureños estaban matando todos los salvadoreños que estaban en el lado de Honduras. ¡Ni el pisto salvadoreño, que era pisto valía! Este fue la guerra entre Honduras y El Salvador, la que le dicen “La Guerra de Cien Horas”. Dejé a la milpa y me vine para acá con la niña, tres pollos y una gallina. Y de un milagro de Dios no tuvimos ningún encuentro porque estaban quitando los pechos de las mujeres y metían envases en los úteros. Pero Dios nos cuidaba y llegábamos aquí a la casa con ningún encuentro. Pero lastimosamente, perdimos la milpa. Nunca regresé.

Cuando perdimos la milpa Antonio se fue buscando trabajo en otras partes. Fue hasta Santa Ana Grande y Sonsonate. Se fue pura pata. Él me mandaba una fichita cuando la ganaba, quizás quince pesos al mes o dos meses. El anduvo allá un poco más o menos cuatro años. Casi no comimos en este tiempo. Pero yo nunca perdí a la corta de café. Andaba embarazada, cortando café en toda esta zona. Si cortaba unos veinte cajones, ganaba 0.50 o 0.60 centavos de colón, que era de colón. Pero en este tiempo las cosas eran baratísimas y con eso compraba sal, compraba frijol.

Así fui haciendo la lucha con el Señor del cielo hasta que crecieron los niños.

Cuando vino la guerra contra el pueblo, Antonio había regresado y trabajaba en la alcaldía, estaba de secretario. Habíamos ahorrado unos centavitos y compramos un terreno y volvimos a sembrar. Pero ahora sembramos piña. Teníamos un puño de piña cuando nos fijamos de la guerra. Llegaron unos soldados y nos pidieron la piña que había. Tuvimos que dársela. No nos hicieron nada, por las gracias a Dios, pero volvimos a perder la cosecha. Era bien buena esta piña. Era de azúcarón. Nosotros no sabíamos mucho de la guerra. Nos fuimos para Honduras por la balacera que hubo aquí. Solo nos quedamos allá diecisiete días y nos venimos. Aquí hemos nacido y aquí hemos vivido.

Entonces aquí pasé la guerra del pueblo contra el pueblo. Cuando cerró la alcaldía de San Fernando, mandaron a Antonio a trabajar en la alcaldía de Gotera y me quedé aquí solita. Yo solita, sin hijos, sin nadie. Sólo un garrotillo. Todos los niños estaban en San Salvador porque pensamos que la guerra no iba a llegar allá. No sabíamos. No había el compromiso de los niños y no tenía que preocuparme tanto. Yo iba a vender piña, la que me había quedado, al pueblo e iba con la canasta en la cabeza más lejos todavía. Pasé ocho años así cargando la piña durante la guerra y trabajando con la directiva comunal. Sólo estaba como vocal pero dicen que el vocal es muy importante. Salí, por la voluntad de Dios, feliz y con ningún golpe.

Cuando se vino Antonio ya era más pacífico aquí. Se jubiló de la alcaldía y empezó a perder la mentalidad. Se iba de la casa y se perdía. Él me decía, "Por veces la conozco

y por veces la pierdo." Una noche yo tosté un poco de café y vino una tormenta. Él se había ido de la casa y no sabíamos por donde agarró. Fui con mi hija, buscándolo, preguntando por la demás casas. Pero nadie lo había visto. Ya era tarde. Llevamos unas tortillas y un poco de café. Entramos a un potrero y la chucha que andábamos se adelantó y halló las cosas que andaba él. Allí perdí la fe que lo íbamos a hallar vivo. Seguíamos a la chucha y lo encontramos y ¡no estaba muerto! Había golpeado el cráneo pero no estaba muerto. Estaba muy débil y ni podía hablar. Le di un poquito de café y hablamos a unos vecinos para llevarlo a la clínica un una hamaca. Me fui para la casa primero y cuando llegué a la

clínica ya lo había llevado al hospital de Gotera. Se murió en el camino. La hija estaba con él y ella les decía, "Mi papá ya va muerto." Eso fue hace once meses. No tiene un año todavía. Yo fui muy entendida y humilde con él y me llevó hasta este tiempo. La humildad, la paciencia es madre de la ciencia?. Amándose uno a otro, dándose entendimiento, dándose amor, queriéndose... Yo le digo, es duro, es muy duro el retiro de un compañero de vida, después de tanto tiempo de vivir unidos, pero Dios tiene que cuidarme por los días que existen.

Siempre les digo a mis nietillos, hay que ser, hay que caminar honestamente. Hay que conocer el moral. Hay que cuidarse las manitas. Y que es bueno conocer a otras partes pero no vayan a venir con una voz que no es suya, que no vaya a venir desconocido a la casa.

Pues, tenía que sufrir. Tenía que perder. Tenía que cruzar estas tareas. ♀



*"Casi nunca compraba maíz porque siempre salía cabal cuando venía la otra cosecha. Yo estaba cuidando la milpa con la niña más pequeña, la que tengo aquí conmigo, cuando vino mi tío avisándome que tenía que huir. Los soldados hondureños estaban matando todos los salvadoreños que estaban en el lado de Honduras. ¡Ni el pisto salvadoreño, que era pisto valía!"*



**Azacualpa, Morazán.**

# Teresa

**La delgada silueta que dibuja su cuerpo, oculta su fuerte personalidad y gran corazón, factores que han motivado su incansable trabajo por mejorar las condiciones de vida de los habitantes de su comunidad.**

Nosotros estábamos en la milpa por Torola cuando oímos de los primeros muertos. Así empezó. Cada ocho días había otros muertos y no sabíamos por qué. La gente hablaba de una guerra, pero yo no sabía nada de eso. Un día un primo mío llegó a la casa. Él andaba con los compas. Nos pidió comida o ropa y nos explicó por qué peleaban. Dijo que peleaba para mejorar la vida de los pobres. “Como está ahora, los ricos van a ser más ricos y los pobres más pobres.” Eso decían ellos. “Vamos a ganar la guerra, y ustedes van a ser mejor,” decía él. Pero yo no sabía mucho de todo eso.

Mi papá estaba de alcalde dos periodos. Dejó porque le informaron que los soldados le iban a matar porque decían que él ayudaba a los compas. Los compas llegaban a la casa, y uno le dijo que se saliera porque los soldados iban a llegar en la noche a matarle. Pero no nos salimos todavía.

La misma gente decía quienes eran guerrilleros. Por envidia les ponían el dedo. Otra mujer les informó a los soldados que yo era guerrillera. Fue sólo por envidia. Ella pensaba que yo era novia del esposo de ella. Por eso me puso el dedo a mí. En el pueblo un primo me dijo que los soldados me iban a vigilar en la casa en la noche. A ver si era verdad, que yo era guerrillera. ¡Me dio miedo!

¡Me dio ganas de irme! Pero mi hermana me decía, “No te vayas, Tere. No te vayas.” Si los soldados me hubieran visto saliendo para una parte, me hubieran matado. Así fue. Por un apellido, lo mataron. Por eso se fue la gente. Mataron a otra mujer de allí, de Peña Hueca, sólo porque otra muchacha le había informado por envidia. Le quitaron los pechos con un machete, cuando todavía estaba viva. Arrancaron todo el pelo y le cortaron las piernas. Se murió sólo por el envidia de otra mujer.

Pues me quedé aquí en San Fernando. La directiva me nombró para asistir a unas capacitaciones de la Cruz Roja. Fuimos a Ilobasco una semana y nos enseñaron cómo auxiliar a un herido, para mandar un enfermo al hospital, hacer unas camillas de madera para llevar un enfermo. ¿Cómo la hace? Poniendo dos barras así, con unas pitas para hacer el tapexco. Yo trabajé cuatro años como promotora. Cuando veníamos de la capacitación, íbamos a dar charlas de saneamiento y primer auxilio, pero la gente aquí no quería asistir. Estábamos tres promotoras. Sólo trabajábamos con la gente de la comunidad. Los compas ya tenían sus brigadistas. Teníamos un botiquín y nos buscaron para ayudar a cualquier enfermo o herido. Trabajábamos con las mujeres embarazadas y dábamos consultas en una casa particular. Nos habían dado un carnet que decía que andábamos con La Cruz Roja. Quizás por eso nadie nos molestaba. Los dos bandos nos apoyaban. Nos daban medicina y materiales cuando los necesitábamos. Los soldados decían que, “Ustedes no tienen culpa. Si los guerrilleros dicen que les ayuden, tienen que ayudarles.”

Después de cuatro años trabajando como promotora me caí enferma. Me pegó un dolor grave aquí en las costillas. Estaba en el hospital de San Miguel cuando llegó una nota aquí a la comunidad de San Salvador avisando a las promotoras de una beca para seguir estudiando en San Salvador. Fue mi prima. Ahora es licenciada. Si, pienso en lo que hubiera pasado. Pero ya no quise seguir con este. No me gustaba viajar. Entonces de allí, ya no seguí.

Después nos fuimos para Colón. Teníamos familia que vivía allí. Estuve dos años en Honduras. Me vine para acá después de los dos años porque el gobierno de Honduras estaba cobrando a los Salvadoreños por vivir allí. Iban a

*“Dábamos clase en una casa particular y los padres hicieron mesas porque los pupitres habían quemado y hacían bailes para poder pagar a nosotros veinticinco colones al mes. Estuve de maestra tres años durante los últimos años de la guerra. Llegaban los soldados a la escuela para ver lo que enseñábamos, si no estaban enseñado nada de guerra.”*

cobrar cinco lempiras por persona, por mes. Y nosotros andábamos ocho. Con mi papá éramos nueve. Él decía, “¿Cómo vamos a aguantar para pagar tanto? Aquí no hay trabajo. Vamos a regresar.” Entonces, me vine. Lo demás se quedó.

Empecé de dar clases a los niños de la comunidad. La comunidad hacía reuniones y nombraron a unos que sabían leer y escribir para ser maestras. Nombraron a cuatro maestras. Yo saqué sexto. Sólo una era bachillera. Había más que cien niños que habían regresado al cantón y necesitaban estudiar. A mi me tocó primer grado. Un muchacho que andaba con los guerrilleros nos daba capacitaciones mensualmente. También estaba una viejita que era maestra de mi papá que nos aconsejaba. Con los niños de primero, los más pequeños, empezamos con el abecedario, después a formar palabras, después oraciones. Lo más difícil fue cuando los niños no podían agarrar el lápiz. Los padres colaboraban bastante con la escuela. Dábamos clase en una casa particular y los padres hicieron mesas porque los pupitres habían quemado y hacían bailes para poder pagar a nosotros veinticinco colones al mes. Estuve de maestra tres años durante los últimos años de la guerra. Llegaban los soldados a la escuela para ver lo que enseñábamos, si no estaban enseñado nada de guerra. Les decíamos lo que enseñábamos; que los niños conocieron las letras, los números. Nos decían que está bien pero cuando pasaban los aviones que no sacara a los niños para afuera. Era bonito ser maestra. Los niños aprendían de nosotros, y nosotros aprendíamos de los niños. Quisimos seguir como maestras pero cuando vinieron Los Acuerdos de Paz el ministerio mandó muchas maestras y nos quitaron el trabajo.

Siempre me ha gustado trabajar en la comunidad. Pero ahora es diferente. Durante la guerra íbamos al pueblo y veníamos noche. No había ladrones. Dejaba la casa sola. Venía de Perquín en la noche. Ahora no. Ahora tiene uno más peligro. ♀





**Los Ranchos, Chalatenango.**

# Teodora

**Mujer a quien las durezas de la vida no le han quitado su jovialidad. Hoy, a sus setenta y siete años, con la expresividad de la niñez comparte sus vivencias durante el conflicto armado y sus anhelos de justicia.**

¡Buenos días todos de ustedes! Yo los felicito mucho por esta mañana. Muchísimo, los felicito. Yo tengo setenta y tres años de vida. Viví ocho años aquí, solita, sin casa, sufriendo. Ustedes saben, de ser pobres los padres, así sale la familia. Y mi mamá y mi papá eran pobres. Me fui a trabajar a San Salvador de dieciocho años, solo con sentimientos de mi mamá. Ella me decía, “Hija, ¿que vas a hacer allí? Pagan barato y las patronas le dan verga a uno.” Y era la verdad. Me pagaban tres colones al mes. *¡Al mes!* Trabajaba en la limpieza de la casa y era cuidandera de dos niños. Mayormente, la señora me salió demasiada cruel. *¡Cruel, cruel!* Si no hubiera estado la mamá de la patrona, me hubiera matado la patrona. Cuando me acuerdo, yo lloro. Pero, bien...

Con la ayuda de Dios iba saliendo adelante. Ahora hay mucho embolismo de que cosas que no hay, va. Dinero, lujito de ropa, *¡de todo!* Yo, teniendo mi pan de cada día, este pedacito de mesa que traje de Mesa Grande y las tortillitas... Antes todos, *todos* los niños eran demasiado honestos, *¡y pobrecitos!* Y las tortillas que comíamos eran puro maicillito. Pongan una joven ahora a hacer una tortilla de eso... Y los varones reconocían a su mamá. Iban a trabajar en la milpa con su sombrero, con su machetillo. Ahora mire un grupito de jóvenes a ver si andan machetes. *¡Ni sombreros llevan!* Y las hembras quedaban con sus

mamás. Así me crió mi mamá. Como cuando una gallina llama a una mancha de pollitos, recogéndolos que vayan a comer, vayan a dormir. Así eran las mamás de antes.

Pues, esta linda guerra, digo linda guerra porque es *linda*. ¿Quiere que le diga por qué? Porque cuando llegaron a orientarnos, llegaron tres personas al cantón Los Riveras, donde vivíamos. Yo estaba llegando de dejar almuerzo a mi esposo cuando llegaron tres hombres, un adulto y dos jóvenes. “Buenas tardes Niña Teodora. No va a descansar. Vaya *apear* su carga y venga acompañarnos. Hoy vamos a tener una celebración acá.” Por eso digo bendita guerra porque, con el gran poder de mi Dios, hemos quedado muchas personas para dar este mensaje para los vivientes.

Entonces así empezamos, con uno leyendo el nuevo testimonio de la Biblia, en el Nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, amén. Con esas palabras, al principio y a los días, y a los días, y a los días, más profundo y más profundo, predicando a las personas que se incorporaran y andar conquistando gente, orientando gente. Pero yo le doy las gracias al Señor porque de esas personas... Algunas se murieron. No todos tenemos la vida, va...

Entonces después íbamos a reuniones en las quebradas *lejos de la casa* en la noche. La guerra fue en los *profundos de las oscuridades*, sin lámparas. Y el Señor andaba con nosotros en la oscuridad. Miren, si Dios fuera una persona y me acompañara, le enseñaría todos los lugares *¡donde esta vieja caminó!* *¡Barrancos!* *¡Cruzando a Chalatenango!* En las reuniones hablaban de que teníamos que ser orientadas porque venía una guerra *de fuego*. *¡Yo pensé que*

*“Entonces después íbamos a reuniones en las quebradas lejos de la casa en la noche. La guerra fue en los profundos de las oscuridades, sin lámparas. Y el Señor andaba con nosotros en la oscuridad. Miren, si Dios fuera una persona y me acompañara, le enseñaría todos los lugares ¡donde ésta vieja caminó! ¡Barrancos! ¡Cruzando a Chalatenango!”*

*todas íbamos a ser quemadas! Y a los tiempos... ¡Llegan! ¡Las tropas de soldados del gobierno! ¡A los cantones, a las aldeas, a todos los lugares! ¡Rodeaba las casas con fusiles en las manos y que no se moviera el mundo!*

Yo ponía a quebrar semillas mis cuatro hijas cuando llegaron los soldados. Decían que a pura palita iban a matar toda la familia. “Hijas”, les digo yo: “Váyanse a quebrar semillas. Si no, no vamos a ganar la vida. Saben qué comemos, qué bebemos. Esta gente viene a decirnos que somos guerrilleros, que somos subversivos. No les hagan caso. De todos modos, traen malas intenciones.”

“Anoche estuviste en un mitin,” me decía. “Una reunión de Monseñor Romero. Y vos sos la *sacona*, la que está orientando este caserío. *¡Si, vieja! ¡Latona! ¡Perra! ¡Te vamos a meter esta bandera roja! ¡Te vamos a rajar la panza, y allí te la vamos a meter!* Así me decían, con las niñas oyendo. “Pues de todos modos, si así es, el Señor tiene que ver si así es,” les dije. “No está larga la vida tuya,” me decía. Pero no me mataron.

Cada cinco días, cada ocho, cada quince días, llegaban *¡A quemar casas, a matar gente, a matar gallinas, a matar cuches, a matar vacas!* No iban a dejar ni un alma en los cantones, en las aldeas, en los municipios. De parte del gobierno que planteaba esta guerra, la decisión era terminar con la gente pobre. ¿Creé que no es una injusticia? Y yo no tengo nada que me han dado después de todos mis sufrimientos de doce años de guerra. ¿Y qué pasa ahora? Entró el dólar, dejándonos más pobres desgraciados.

Mi esposo fue matado. Fue quemado. Fue cuando entró la Atlacatl y Bracamonte en el 82. Habíamos incorporados porque nos quemaron la casa. En la casa teníamos años de granos, sacos de frijoles, arroz, maicillo. Yo era pobre pero nunca me faltaba la comida, por los esfuerzos de mi esposo. Por lo mismo, tanto que nos dejaron sin casa, sin granos y de todos modos, si hacía o no se hacía un guerrillero, lo mataban. Por eso, tuvimos que hacernos del pueblo de FMLN porque nos defendieron.

Tuve que incorporar y le preparaba comida a toda la gente *pobrecita*, que estaban dando su vida para

defendernos. *¡Y yo trabajaba, mamita!* Lavando maíz y echando tortillas para la gente pobrecita. Había un grupo de hombres que iba a buscar maicillo. *¡Maicillo negro, negro me traía!* Yo lo lavaba y hacía las tortillas. Si me traía frijoles, les cocía, y si no, sólo tortillas comíamos. A los ocho años se reunieron y decidieron que fueron a los potreros a ver si hallaban vacas secas, *¡puro huesos! ¡Y mataban a chivitos secos, secos!* Yo le digo, la guerra fue de sufrimientos. Yo intenté maniobrar armas, pero les tenía miedo. No es tan fácil. A uno solo le puede matar. Mi hija empuñó el arma de diez años. Cuando llegó a los diez años la obligaron que empuñara el arma.

Yo andaba a las cuatro hijas durante la guerra. Una fue desaparecida, liberándose la vida porque ella llegaba a la casa y los soldados habían puesto una mano blanca. Éste significaba que los soldados iban a llegar a la casa entre quince días para matarle. *¡A todita la familia!* Huyéndose desapareció. Yo le ponía una candelita y pedía al Señor que me la cuidara. Cuando la candelita cae triste, ésta persona esta muerta. Pero cuando la candela se acaba y *alegrita la mechita*, está viva ésta persona. Y ahora la tengo aquí conmigo. Cuando me vino la hija, le dije, “Hija, no tengo nada para darte. Solicité un préstamo.” Y lo solicitó y lo tiene invertido en una tiendita. Con lo que gana, está pagando el préstamo y con la migajita que le quede, compra su comidita. A veces me trae una sopita. Pero tortillas no. No me caen bien las tortillas de harina de *maseca*. *¡Se me revuelven las tripas!* Mejor no como.

En los años de la guerra a veces no teníamos comida. Masticábamos hojas amargas, y *tetelques* y eso era el almuerzo. Pasamos el río Sumpul *¡Catorce veces! ¡Hasta aquí me llegó el agua!* Me dejó sin *blumeres*, sin vestido. Se me safó el vestido y me lo llevó el río. Anduve dos semanas, ya vieja, con marido, con las cuatro hijas y anduve, mamita, *¡en la gran hombraería, desnudita, desnudita!* Nadie me podía dar una camisita porque quedaba desnudo el otro. Lo que hacía fue, *aconcharme*. Y cuando hallaba hojas grandes, las ponía así, a taparme solo adelante. Y atrás quedaba desnuda. Me cayó una fiebre en la quebrada de El Muerto por la regla. Me cayó fuerte y andaba bien

enferma. Yo me escondía en una cueva pero pasaba el agua y llevó la sangre. Pero los soldados no se fijaron cuando pasaron. Si me hubiera hallado me hubiera *chingastado*.

Cuando hubo la masacre del Sumpul, yo andaba pescando con una atarraya. *¡Un brazo entero me cayó en la atarraya!* Era de una muchacha. *¿Cuántas camionadas de soldados pasaron este día?* Y siete aviones pasaron para matar a *èsta multitud de gente* que había refugiada allí. Ellos no estaban robando. No estaban violando. No estaban tomando. *¡No estaban haciendo nada!* Sólo estaban liberándose sus vidas con sus niños y sus ancianitos.

Me fui para Mesa Grande, el refugio en Honduras. Allí trabajaba preparándoles comida a los que entraban de El Salvador, haciendo los alimentos a los desnutridos que entraban soplados, amarillos, pálidos, y paridas como andaban embarazadas, llenas de parásitos.

Yo llegué aquí, a San Antonio, solita, en el 88. No había calles, ni casas. Sólo un muro de la Alcaldía donde fueron

las mujeres con los niños cuando venían las balaceras de aquel cerro para acá, de aquel otro cerro para acá. *¡Y con lágrimas hice esta casa, mamita!* No tenía terreno para construirme un ranchito. *¡Pero venía gente para visitarme aquí mamita!* Bastante gente. Unos me dejaban un poquitito de pisto, otros me dejaban otro poquito. *¡Y yo no comía!* *¡Yo guardaba todito!* Ahora tengo libre mi solarcito, y tengo libre mi ranchito.

*¿Pero no cree que sea una injusticia? ¡Hay gente aquí que tiene dos, diez, quince manzanas!* Cuando veníamos aquí nadie traía nada. Ahora porque unos han tenido la oportunidad...los jóvenes, con sentidos de sus padres, se decidieron buscar los Estados Unidos. Algunos están *echando verga* allá, comiéndose las uñas para mandarles a sus padres. Gracias a Dios que tienen este privilegio. *¿Y yo? ¿Dónde está mi esposo?* Cuando me llegó la nota avisándome de mi esposo, me decían, "No te aflijás, Compa. Tu esposo se ha muerto pero vamos a responder por vos." *¿Cuál es el respondimiento que me han venido a decir?* ♀

*“Pasamos el río Sumpul ¡Catorce veces! ¡Hasta aquí me llegó el agua! Me dejó sin blumeres, sin vestido. Se me safó el vestido y me lo llevó el río. Anduve dos semanas, ya vieja, con marido, con las cuatro hijas y anduve, mamita, ¡en la gran hombrería, desnudita, desnudita! Nadie me podía dar una camisita porque quedaba desnudo el otro.”*





# Gloria

San Fernando, Morazán.

**Gloria es de las mujeres que poseen el espíritu inquebrantable de las montañas de Morazán. Durante el conflicto armado a pesar del peligro, se aferró a sus convicciones de justicia. Ahora, aún tiene una sonrisa contagiosa, y junto a otras mujeres trabaja en un proyecto de desarrollo comunitario.**

Goyo, mi esposo, era catequista. El padre aquí le invitó a unas capacitaciones entre San Miguel y Usulután. Él iba a las capacitaciones y aprendía a interpretar la Biblia y a compararla con la realidad. Pero también aprendía sobre la lucha de los pobres. Goyo le explicó a la comunidad lo que él había aprendido en las capacitaciones. Así empezamos a trabajar en grupos. Teníamos granjas y nos repartíamos los huevos entre todos. La comunidad se fijó que era muy bonito trabajar todos unidos. Sin embargo, al gobierno no le gustaba oír la palabra “comunidad” porque pensaban que éramos comunistas... ¡pero eso es mentira! Pues, así empezamos en la lucha.

Por ésta labor comunitaria ya el militar andaba buscando a Goyo, desde los primeros años y aún antes de comenzar la guerra, lo estaban buscando. Por eso él se fue para el monte porque ya era demasiado peligroso estar en la casa con nosotros. Siempre nos visitaba pero de escondidas. Las tropas pasaban por la casa. Yo estaba con los cinco cipotes, Verónica estaba tierna todavía. La tropa me preguntaba si había visto a Goyo. Siempre les decía que no, que no sabía por donde andaba. Así pasamos los primeros años de la guerra; él se quedaba en el monte y yo me quedaba aquí en la casa con los cipotes.

En el 81 fui con los cipotes a Torola, donde estaban mis padres. Era más seguro porque estaba Chepe, mi hermano,

de alcalde y mi otro hermano con el militar. Él estaba así para cubrimos a nosotros, para que no nos mataran. Mi papá, pobrecito, tenía hijos en los dos bandos. Él era una persona muy buena que le ayudaba a cualquier persona que llegaba a la casa pidiendo ayuda.

En esos años se puso más tremenda la guerra. Los soldados quemaron nuestra casa aquí en Peña Hueca. La casa estaba aquí en este mismo puesto, con la misma vista, pero era de adobe. Gracias a Dios que ya nos habíamos ido para Torola y Goyo andaba en el monte.

Los chuchos siempre traían orejas, brazos, y piernas de los compas que se habían muerto. ¡Los soldados hicieron groserías! Los soldados los descabezaban, les quitaban orejas y otras partes para que sufrieran más y para darles miedo a la otra gente. Querían sembrar temor para que la gente no se organizara, ¡pero la gente, más fuerza agarró!

Un día nos dijeron que aquí estuvieron las tropas en la comunidad. Sacaron a toda la gente para Perquín para los operativos de tierra razada. Todas las personas que hallaron les iban a dar. ¡Una sola masacre iban a hacer! Nos metimos a la casa, cerramos la puerta y no salimos por cuatro días. Las tropas pensaron que no estábamos por que no hicimos nada de bulla, nada de humo, nada de movimiento, no comimos, no hicimos nada, sólo esperamos. Yo estaba con los cinco cipotes y me costó que no lloraran. Escarbamos un hoyo para hacer las necesidades y tiramos tierra encima como gatos por que no podíamos salir para nada. Éstos fueron los días más difíciles.



*“Todos tenían su trabajo, para que funcionara el campamento. Primero estuve en el taller mecánico, había hombres y mujeres trabajando juntos. Necesitaban más parteras y se fijaron en que yo ya sabía un poquito de salud, entonces me mandaron a aprender a ser partera.”*

Llevábamos ya tres años en Torola cuando Chepe dio vuelta, ya no era alcalde y tampoco apoyó al gobierno. Las tropas tenían una lista, y yo estaba en ésta lista por mi hermano, por Goyo y también porque yo sabía un poquito de primeros auxilios. Yo curaba a los compas heridos que llegaban a la casa, entonces nos empezaron a buscar, y quemaron la casa de mis padres. Veníamos de Perquín y vimos la gran humazón. Teníamos que huir. Nos fuimos en la noche, a las siete, buscando a Colomoncagua. Caminamos en silencio. Yo andaba con los cipotes, pidiéndoles que no lloraran. Llevábamos un guía quien nos enseñó la ruta. Llegamos a la puerta del refugio a las cuatro de la mañana. Teníamos otros familiares allí en el campamento y por eso nos dejaron entrar. Si no hubiéramos tenido conocidos no nos hubieran recibido. Así fue. El campamento se llamaba “La Vega”. No podíamos entrar ni salir porque

*“Pero ahora trabajo más con el grupo de mujeres aquí en la comunidad, haciendo champú y café, solo hacemos productos orgánicos. He recibido charlas sobre la conservación del suelo que es muy importante. También hacemos miel, tenemos las cajas de abejas allí no más. Ahora trabajamos unidos, sin problema. Por eso digo que la lucha era necesaria. Era muy justa.”*

los soldados hondureños tenían un acuerdo con los soldados salvadoreños. Capturaban a cualquier persona que intentaba salir y lo entregaban a los soldados salvadoreños. No estábamos libres, estábamos en una cárcel.

Todos tenían su trabajo, para que funcionara el campamento. Primero estuve en el taller mecánico, había hombres y mujeres trabajando juntos. Necesitaban más parteras y se fijaron en que yo ya sabía un poquito de salud, entonces me mandaron a aprender ser partera. Los trabajadores internacionales escogieron a un grupo de mujeres para recibir las charlas, también yo tenía un manual y así aprendí. Trabajábamos con el doctor y llevábamos un control de todas las mujeres embarazadas. Nos dieron todo el equipo; gasa, alcohol, guantes, todo que necesitábamos. Teníamos que ser muy higiénicas porque habían muchas enfermedades e infecciosas en el campamento. Había muchas que no pasaron la prueba. ¡Algunas se desmayaban cuando veían sangre! Eso no sirve. Yo era la que coordinaba a todas las parteras. Me llamaban cuando había un parto complicando, cuando el niño venía al pie o cuando no salía la placenta. A saber por qué, pero yo las sacaba de apuros. Allá no ganaba ni un cinco. Así era la vida en el refugio. Todos hacían su trabajo pero no ganaban. Así pasé ocho años, atendiendo a las mujeres con los partos.

Todavía me hablan cuando una mujer va a dar la luz y no puede llegar a un hospital o en una emergencia. Pero a Goyo no le gusta desvelarse. A veces nos llaman para atender a las vacas porque nosotros trabajamos juntos. Goyo le pone la inyección y yo saco el chivo.

Pero ahora trabajo más con el grupo de mujeres aquí en la comunidad, haciendo champú y café, sólo hacemos productos orgánicos. He recibido charlas sobre la conservación del suelo que es muy importante. También hacemos miel, tenemos las cajas de abejas allí no más. Ahora trabajamos unidos, sin problema. Por eso digo que la lucha era necesaria. Era muy justa. ♀



**Nilda**  
*Nilda*

**Arambala, Morazán.**

**Madre de familia que sobrevivió la guerra civil aferrada a sus creencias religiosas.**

Empezamos oír decir *los subversivos* pero no sabíamos qué eran, y que en las ciudades estaban matando, y después ya venían más cerca. Y ya por donde quiera había los muertos... y no sabía ni porqué. Pero porque está escrito en la Biblia tenía que cumplir. “Habrán guerras, grandes guerras,” dice. “En los pueblos se matarán unos con otros hasta padres contra a los hijos,” dice. Y así fue.

Nosotros sufrimos bastante por los dos bandos. Perdí mi familia por parte de la guerrilla. Se los llevaron, no digo que los mataron porque no sé. Y el ejército, por el otro lado, viene, a matar a la gente también, diciendo que ellos iban a terminar con la guerrilla. Y la gente armada se fue. La gente que no tenía nada, se quedó y se murió como en la masacre en El Mozote. Aquí estábamos. Tenía en este tiempo seis hijos, yo. Mi esposo, él salía de la casa día y

*“¿Conocen a los guerrilleros? Si los conocemos. Cuando nos piden comida, les damos. ¿Cómo vamos a hacer? Y vienen ustedes y tienen hambre y piden comida, tenemos que darle. Armas andan unos y armas andan los otros.”*

noche a dormir afuera en el monte, en unas cuevas por allí. Porque no lo iba a llevar. La guerrilla era más que llevaba a la gente aquí. El ejército no era tanto pero los otros sí.

Nos preguntó el ejército, “¿Conocen a los guerrilleros?” “Si los conocemos. Cuando nos piden comida, les damos. ¿Cómo vamos a hacer? Y vienen ustedes y tienen hambre y piden comida, tenemos que darle. Armas andan unos y armas andan los otros.” A veces, me decía, “por eso se muere la gente. Porque nosotros hemos vigilado y nosotros hemos visto que lleguen, que saquen comida, que allí todo les hacen, y cuando llegamos dicen que no los conocen. Cuando dicen que no los conocen a nosotros nos da cólera. Por eso la gente muere.” Para no meternos con nadie, nos metíamos con los dos. Había que hacerlo.

Yo entendía que la guerrilla decía que los ricos y los pobres y que todos tenemos que ser iguales. Eso yo les decía cuando ellos llegaban, a pedir comida, “¿No creen ustedes que todos somos iguales? Estamos iguales y no hay nada aquí. Los pobres no pueden vivir solo de los pobres. Tenemos que necesitar de quien tiene. El que tiene no puede vivir solo. Tiene que necesitar a los pobres. Tiene que ser combinado,” les dije yo.

Nosotros salimos después de la masacre. Aquí estuvo el ejército dos días en ésta zona. Aquí había gente de El Mozote. Yo les decía a mis cuñadas, “Vénganse para acá. Aquí no está tanto.” Pasó el ejército, nos reunía todos. Recogieron toda la gente, revisaron todas las casas, papeles, todo. Pero como no encontró nada de cuestión de guerrilla, no encontró armas, no encontró propaganda, no encontró

nada, sólo dijeron, “Aquí sólo encontramos la bandera salvadoreña.” Pidieron los papeles de todos. “¿Y ustedes son de El Mozote?” “Sí somos,” decían mis cuñadas. “¿Por qué han venido acá?” “Ya no podemos vivir allá. Nos da mucho miedo,” decían ellas. “Está bien,” dijeron ellos. “Que Dios les ayude.” Pero dijeron que, “Ustedes no vayan esperar otro operativo aquí porque nosotros traemos una orden de una limpieza total. Desde el Llano del Muerto para abajo. Y se fueron para El Mozote y nosotros quedamos. Allá fueron tres días de *tirasón*. Como era en el verano les daban fuego a los montes. Vimos la *humasón* y oímos el ruido. A cada rato aquella *disparasón*, como era una sola *reventasón* de maicillo. Y había silencio cuando ya fue el 13 de diciembre de 1981. Calmada ya. No oía nada, *nada*. Sólo silencio, un silencio profundo.

Ah pues, pasó eso, y como habían dicho, que no esperaríamos otro operativo, cuando oíamos decir que toda la gente se había muerto, espantó a toda la gente de aquí. Fuimos para Arambala. Ya estaba el ejército allí. A los ocho días de estar allí, entró la guerrilla. *Otro ataque. ¡La gran tirasón que hubo!* Los palos de los techos caían de arriba para abajo. Caían balas, caían



morteros, pero esa vez no murió gente civil. Los aviones venían, pero no tiraban porque sabían que estaba la gente. “*Que se retire el ejercito,*” gritaban los guerrilleros. Cuando ya no aguantaron más, se fueron los soldados y quedamos con la guerrilla otra vez. Ellos dieron a las campanas a sonar y entraron a la alcaldía a quemar los libros, a hacer un solo desastre y nos quedamos sin papeles.

Fuimos para La Tejera y de allí para Sabanetas. Tenía un hermano que vivía allá. Ya venía con un carro para llevarnos y mi esposo no estaba. Tenía valor de ir a agarrar una gallina. Llevaba como seis gallinas. Yo no volví porque la Biblia dice, “Si no puede vivir en la ciudad, huía a los campos pero no regrese.” Yo me acordaba eso, y cuando salí, nunca regresé. Hasta hoy que pasó la guerra. Sólo llevaba a mis hijos no más.

Allá andaban los guerrilleros pero ya no mataban la gente. Llegó el ejército también y se mataban pero solo

entre ellos. A la gente no. Eso era mi pregunta, “¿Que será de que pelean éstos?” No sabíamos nada. La gente decía, “¿Y porqué están matando entre ellos mismos? *¡Entre la misma gente!*” A mis hijos les decía, “Miren hijos si algún día llegan a llevarlos no vayan a agarrar armas porque nuestro Señor no ocupó armas para defenderse. Él murió sin armas y así vamos a morir nosotros.”

El mayor me lo llevaba la guerrilla cuando ya estábamos allá en Las Sabanetas. Hicieron una reunión de toda la gente. Yo estaba con una niña tierna. Un mes no más tenía.

“Que fueron todos,” dijeron. “No voy a ir,” les dije yo. “Tengo la tierna. No puedo.” Pero los muchachos fueron y en la reunión escogieron a los hombres. Los de catorce años para arriba, toditos los llevaron. Los cipotes y la gente maciza. Llevaron

*“Ustedes no vayan esperar otro operativo aquí porque nosotros traemos una orden de una limpieza total. Desde el Llano del Muerto para abajo. Y se fueron para El Mozote y nosotros quedamos. Allá fueron tres días de tirasón.”*

un hermano mío, y el cipote mío de dieciséis años. Era un *poco de gente* que traía. Los trajeron por el lado de San Fernando. Estuvo veintisiete días. Llegó mi hermano a sacarlo y el cipote dijo, “No me puede sacar. Solo Dios.” Y él ponía en oración. Me decían “¿A quién le va a dar a su hijo? ¿Va a apoyar al ejército,” me decían, “o aquí al frente?” “A ninguno,” le dije yo, “porque yo a ninguno se lo debo. Sólo Dios me lo puede quitar,”

A los veintisiete días, se les desertó casi toda la gente. Él se escapó pero tenía miedo de llegar a la casa y también nosotros teníamos miedo que lo iban a venir a buscar. Él se acordaba que yo le había dicho que no agarrara armas. Él andaba solo de andar maletas, pero armas nunca las agarró. A pues de allí él se fue para Honduras. La gente que desertó, toda se fue. Estuvo dos meses allá, aguantando hambre, sol, lluvia. Allá la Cruz Roja lo fue a sacar y lo llevó a un refugio en Moncagua, San Miguel.

*“El 15 de Abril de 1990 repoblamos a Arambala. Cuando regresamos aquí a Arambala, siempre había los operativos, siempre los combates. En principio sólo seis familias quedamos pero cuando venía la repoblación, venía un gran gentillo.”*

Después de que me llevaron el muchacho, tenía otro que me llevaron también. Él estaba trabajando en San Miguel y el ejército agarró al muchacho y lo llevaron para Gotera. Yo fui a traerlo. Yo les decía, “Él no le gusta andar así.” “Pero eso no le gusta a nadie,” me dijo. A él le daban penca todos pero él decía, “Es que no voy a agarrar armas.” A él le ponían a barrer, le ponían hacer todas las cosas pero nunca le agarró a un fusil. Se aburrieron ellos y al mes lo sacaron.

Y así fuimos pasando la guerra. El 15 de Abril de 1990 repoblamos a Arambala. Cuando regresamos aquí a Arambala, siempre había los operativos, siempre los combates. En principio sólo seis familias quedamos pero cuando venía la repoblación, venía un gran gentillo. Ya tenía nueve hijos yo. *No dejaba de fabricar*. Tenía tres que se me murieron. Nacieron muertos. En la guerra tuve dos muertos y yo andaba uno de crianza. Eran diez y dos nietos. Los niños grandes me ayudaban. Todos con uno chineando, venimos caminando.

Entonces en ese mes se perdió mi hermano. La guerrilla le ponía una cita y se fue a presentar y no volvió. Sola quedó la familia, la señora con los cinco hijos. Sólo ellos sabían porque le pidieron que se presentara. No sabíamos para qué. Pero se murió gente por no andar con uno ni el otro y él hablaba la verdad. Por eso le digo que sólo me muero para la verdad. El no se metía con nadie. Mi papá también. Mi papá vivía allí no más en Las Pilas. A él lo llevaron también. Traía cuero de ganando y lo llevaba a vender. Y a él le había prohibido que fuera a Joateca. La guerrilla le dijo que no fuera. Él les dijo, “No, yo tengo que trabajar mientras vida tenga y Dios permite, porque tengo que comer y yo no voy a robar como ustedes,” les dijo. Y lo llevaron. El señor que le llevó está allí en Arambala. Yo no digo que lo mató porque no lo vi pero el allí está. La gente lo vió. Lo capturó, lo amarró, y lo trajo por este lado. Si les pregunta ellos dicen que no saben quienes eran. ¿Qué voy a hacer? Tengo que perdonarlos con mi corazón.



Cuando los Acuerdos de Paz ya se puso más normal la cosa. Tuvimos siete años todavía allá en Arambala. Hicimos otra casa, compramos un solarcito, porque todavía no nos daba lugar de que viniéramos aquí. Como no quedaba nada de lo que había, empezamos a trabajar de nuevo en sembrar café, en sembrar caña, y las cosas de granos básicos. Y como la muchacha ya se me había ido, ella nos ayudaba. Si no fuera por los Estados Unidos, el país no estuviera así, como no quedaba nada.

Así son las historias de la guerra. Yo quiero que sepan todos mis nietos de lo que le cuento, que crean que fue la realidad y fue la verdad. Y que nosotros sufrimos en carne propia, lo vivimos no es que nos contaron ni nada. Yo quiero lo mejor para todos, sin distinción. Y vivir en paz, tranquilidad con Dios y con los otros seres humanos. ♀



**Suchitoto, Cuscatlán.**

**Arely**  
*Arely*

**Mujer pensativa, soñadora y carismática. Su rostro irradia fuerza para enfrentar la vida, pero su alma resguarda anhelos de justicia y el dolor de haber perdido a sus familiares durante la guerra. Ella es ejemplo viviente de las Madres que por sus hijos, día a día forjan su destino.**

Siempre he sido muy cuidadosa de mi historia, hay muchas cosas que yo no he dicho de mi vida después de la guerra. Por parte de la historia ha habido mucho dolor y por eso le tengo mucho respeto. Creo que mi niñez fue un poquito diferente, que la de los niños de mi momento. Estuve en la zona de Tecoluca, San Vicente cuando inició la guerra. Empezó la guardia y el ejército a perseguir a algunos campesinos para matarlos. No era una buena razón pero entonces había como una mala onda, la gente que tiene un uniforme, la gente que tiene un arma, la gente que tiene el poder de matar y de golpear y de violar y de hacer todo eso; y del otro lado el campesino, la campesina que no sabe leer que no sabe escribir y que está solo con la tierra, solo con sus hijos, solo. Había unos vecinos y amigos de mi padre que masacraron en Cayetana, cerca de Tecoluca en el 74 o 75. Por eso que cuando dicen que la guerra duró doce años, eso no es cierto. Aquí lo que pasa es que ha habido como un interés de encubrir una parte de la historia.

Nuestra casa era como un rancho indígena con zacate con madera. Recuerdo que la guardia llegó allá para botar el maíz al piso, los frijoles, todo, todo, le han dado vuelta a la casa, y han hecho un destrozo... pero a mi mamá estaban presionándole a decir la edad de sus hijas, y ha tenido que

mentir en decir la edad para que no le violen a sus hijas. Y yo tenía mucho miedo porque eran tan mal encarados, y yo estaba llorando. Y ellos estaban enojados con mi llanto. Entonces ellos han tomado mi cabello y me han puesto sobre una piedra, me han puesto el corvo aquí si mi madre no dice donde esta mi papá. A mi todo eso no se me ha olvidado, y también me ha hecho como comprender que si ellos son capaces de asustarme, y ser tan fríos y amenazantes, con una chiquita...

Pues eso y luego, siendo muy chica ví unas muchachas cortadas de su carita con su cabello colgando, y sin cabezas, o cortados los pechos, o metidas agujas, desnudas, violadas. Esas chicas tenían derecho a ser jóvenes, a ser madres si querían, a ser abuelas, a casarse, a ser novias, a ser profesoras, a ser médicas, a ser presidenta. Tenían derecho pero se les cortó ese derecho a la vida. Quizás era más con las mujeres porque eran más vulnerables, y eran las personas que están en la casa. Si lo vemos culturalmente, hay una razón.

Siendo muy chica mataron a mi hermano que nunca hallamos su cuerpo, nunca lo hemos enterrado. A él lo mataron adentro de una iglesia católica. Él estaba en una toma de esa iglesia como protesta por el asesinato de Monseñor Romero. Entonces el padre que estaba allí, que todavía esta vivo y tiene un cargo alto dentro de la iglesia, importante, él dió la orden para que los soldados entraran a la iglesia y mataron a los jóvenes. Mataron a todos los jóvenes. Nunca lo vimos, nunca más. Un año después pasaron siguiendo a alguien por la casa y tiraron una bomba

en la casa, aunque había personas allí. No les importó. A mi mami le entró un metal y le destrozó y se la llevaron para un hospital de allí de la zona. Entonces mi mami nos dejó solos, entonces yo me he quedado con mis hermanos. Tenía como diez años. Ella me pidió a mi que me quedara, y a jugar el papel de madre, porque era la más grande, entonces yo le he dicho a mi madre, “No se preocupe yo los voy a cuidar.”

Mi papá estaba pero en ese tiempo mi papá no podía hacer mayor cosa porque el tiempo de la guerra no podía trabajar porque su vida corría peligro. No podía ir al pueblo para vender aguacates, limones, algo para hacer un poco de dinero para la leche para beber, comprar el azúcar, comprar comida. Entonces yo sentía una responsabilidad bien grande para mis hermanos pero para mí también. A los veintidós días yo fui a comprar la leche para la pacha del bebé, y escuché una bomba, y me llenó de miedo, y mi papá ha dicho que vayamos donde una vecina. Entonces yo me voy con mis cuatro hermanos y mi papá va con las sábanas y las ropas, en un costal para esconder en el cafetal para que los soldados no lo quemen y que cuando él regrese tenemos como protegernos del frío.

Cuando llegué donde la vecina ella dice, “¿Qué estás haciendo aquí? andáte”. Ella cree que los soldados pueden querer llegar a violarme. Me pidióirme y dejar a mis hermanos en su casa, pero yo no me quiero ir. Entonces simplemente me he escondido. Entonces los soldados llegaron a la casa y mataron a todos. Mataron a todo el mundo, y al bebé también... Yo no podía convencerme, es que era como en un abrir y cerrar de ojos, y que había pasado eso. Yo estaba perdida. En los próximos días me dolía la cabeza, me dolían los pies, me dolía todo. Yo me había dormido sola en el monte. Cuando yo desperté mi padre estaba parado a un lado llorando. “¿Y tus hermanos hija?”. Mis hermanos estaban muertos. Pero el dolor de mi padre eso era tan terrible y luego el de mi madre.

Ha habido masacres en cantidades, barbarie, barbarie, barbarie. Creo yo, que si la masacre de mis hermanos y de la más gente en este lugar, se supiera, como se sabe de El Mozote y Sumpul, esa, como tantas otras están allí. Yo no acepto que eso quede como que no pasó. Yo me he sentido muchas veces culpable de no haber salvado a mis hermanos. Culpable de haberme salvado yo, culpable de estar viviendo. Yo digo, ¿cómo es posible que yo me sienta culpable? Los que son culpables de esto no lo han aceptado, no lo han asumido y siguen haciendo más cosas.

Además de eso se ha ocultado la verdad. Yo sé que la gente de la 5ª brigada de la Fuerza Armada sabe de esa masacre. Yo quisiera un día se haga allá una vigilia para reconocer esto. No he podido llegar en veinte tantos años y

*“Creo que la flor debería de ser para los vivos. Pero sí quiero una vela. La vela es una luz. Y la luz siempre es algo espiritual. Es contrario a la oscuridad.”*

sé que quizás si yo no voy en lo que me queda de vida, voy a estar con este malestar. Voy a estar con éste pendiente. Es un país tan chiquitito pero también tan grande en muertos, en la sangre que ha corrido.

Todavía me pregunto, “¿Por qué no me hubiese muerto cuando estaba pequeña?” ¿Por qué, por qué, por qué? Cuando mataron a mis hermanitos era justo el día que cumplía un año de muerte mi hermano mayor. Justo el 19 de Junio. Mi padre fue en la tarde para meter los cuerpos, los pedazos en un costal para enterrarlos pero los soldados le tiraron una bomba, una granada. Los soldados estuvieron en este lugar, cuidando los muertos. Entonces, mi padre no los enterró pero él estaba como necio, digo yo, queriendo enterrar a sus hijos. Entonces yo tenía miedo. Yo no quería que le pasara nada a él. Entonces él estaba destrozado y quería ir a enterrarlos él estaba llorando. Estaba como un niño. De dolor estaba inundado. Entonces él no podía tomar decisiones. Entonces estaba haciendo lo que yo decía. Entonces él me decía a mi, “¿Qué hacemos, qué hacemos hija?”

Entonces yo le dije a él que vayamos para un campamento en el volcán de San Vicente. Él me hizo caso y nos fuimos. A mis hermanitos como no los pudimos enterrar, se los comieron los perros. Y yo desde ese día yo no he vuelto a ese lugar. A veces pienso que yo voy a encontrar cualquier hueso por allí y voy a pensar que es de ellos. Y no puedo. Y han pasado como veintiséis años.

Llevarles flores, a mí me parece un poco ridículo. Creo que la flor debería de ser para los vivos. Pero sí quiero una vela. La vela es una luz. Y la luz siempre es algo espiritual. Es contrario a la oscuridad. Este dolor, todas estas situaciones, son cosas bien oscuras entonces enciendes una vela y es una manera de estar con tus muertos.

En esta comunidad donde mataron a mis hermanos también mataron como a doscientas veinte personas. Fue terrible. No solamente he sufrido yo de eso, sino mucha gente. Allí mataron mujeres embarazadas, les abrieron la panza y les sacaron a sus bebés. Metían a la gente en unos

ranchitos y ponían un poquito de gasolina y quemaban a la gente allí, viva.

Mataron cerdos, mataron vacas, mataron todo lo que había con vida. A mis hermanos, mi hermanita, la más grandecita de los cuatro, estaba chineando el bebé y en el patio le dispararon, les volaron por allá las manos, las piernas. O sea les destruyeron y les hicieron en pedazos. Yo digo ahora, “¿Cómo es que yo no soy loca?” .

Dos días después hemos ido a un campamento guerrillero. Cuando llegamos al campamento los compas nos recibieron y había unos que conocían a mi hermana, a mi hermana que es mayor. Ella tenía como trece años y ella si estaba incorporada. Ella estaba en el hospital de enfermera. Mi padre empezó a trabajar allí dando logística con la cocina, con el maíz, con la medicina. Y yo empecé ayudando con la cocina un poquitito. Después nos ayudaron a ir al hospital donde estaba mi madre ingresada. Fue muy difícil el encuentro porque llegamos solamente mi padre y yo. Cuando llegamos mi madre ya sabía pero estaba preguntando por sus hijos...Yo me he sentido culpable porque yo le prometí a ella cuidárselos...pero no pude.

En este lugar yo ayudé en el hospital atendiendo a los heridos, un poco para darle medicina a su hora. Allí estuve unos seis meses quizás con mi papá. Después de eso mi mamá y mi papá se apartaron de lo que era el campamento del hospital e hicieron un ranchito, cerca. Yo empecé a participar en actividades de masas. Yo tenía quizás para doce años ya.



¡Ya era grande! Y después estuve en un campamento. Allá yo llegué a ser, siendo bien jovencita, parte de la jefatura porque era jefa de las cuadradas de la cocina.

Después estuve en uno que era el mando de logística. En este campamento de logística, yo lo llevaba bien, creo. Me tocaba a veces, cuando los demás no estaban, la responsabilidad de todo el campamento. Yo no podría hacer esto ahora. Ya no. No sé como lo hice. Me fui para otro campamento. Los jefes de ese campamento eran dos médicos. En este tiempo mis papás se embarazaron. Ellos habían quedado solos sin hijos porque mi hermana estaba en el hospital, yo estaba en un campamento y mis hermanitos se habían muerto y mi mamá y mi papá estaban solos. Entonces mis papás se embarazaron y ¡yo estaba tan contenta! Aunque, no eran las mejores condiciones para tener un bebé.

En este campamento con los dos médicos, un día ellos me llamaron para decirme que el estado mayor me pedía, supuestamente por mi comportamiento, que era bien portadita. Pero no me quería ir porque no podía leer y escribir. Me dijeron que allá iba a aprender, que allá me iban a enseñar, porque allá iba a trabajar en comunicación, para trabajar con la radio. Tenía miedo pero igual me mandaron para allá. Estando allí, aprendí a leer y escribir. Yo no sé como aprendí. Estando allí también cumplí mis quince años. Pensaba que tenía diecisiete o dieciocho, algo así, yo no sabía. Vivía cada instante como era el único. Nunca me puse a hacer cuentas cuantos años tenía y no sabía contar, ni sumar ni restar.

Estando allí también, trabajando con la radio, un día otro radista de otra zona me estaba pasando un mensaje. Me dijo, “También te quiero decir algo. Tenés que ser fuerte.” Y me dijo que mi papá había muerto. Eso fue en 1984. Él murió en la guerra también. Entonces yo fui de muerte, en muerte y demasiado pequeña. Cuando me dijo lo de mi papá me puse a llorar un momentito. Fui para decirle a mi hermana, lloramos un ratito juntas pero luego hay que empezar a hacer el viaje y caminar. Finalmente cuando llegamos mi mamá nos encontró.

Él estaba tendido en una tabla de madera y estaba tan helado. Yo me acuerdo que yo no lloré. Como si no lo quería. El día siguiente lo íbamos a enterrar pero en este tiempo ya no había cajas para enterrarlo. Pero además tuvimos que enterrarlo de prisa porque estaba mortereando. Y me acuerdo la prisa de enterrarlo y el hoyo no era muy hondo pero lo que hicieron con él es que en unas láminas del techo lo pusieron y lo enrollaron como cualquier cosa. No se olvida el sonido que hacía mi papi. Murió en el 84. Mi hermano murió en el 80. La masacre de mis hermanos fue el 19 de junio del 81. O sea, en cuatro años yo perdí casi toda la familia.



familiar, tanta emigración, tanta gente que se ha ido, entonces yo creo que si el país tuviese trabajo, tuviese opciones para todo el mundo. Yo ahora, quisiera estar en una isla para mientras. A veces digo, estaba mejor durante de la guerra. Realmente extraño la montaña. Yo no me tenía que preocupar por comprar pupusas para cenar. No importaba si los zapatos estaban medio rotos y viejos y solamente un par. Ahora es solo comprar, comprar, comprar... entonces hay que ganar, ganar, ganar.

Pero por otro lado yo creo que en la guerra he sentido la humildad, la solidaridad, la hermandad. Ahora yo creo que hay más egoísmo. La gente está pensando solamente en si misma. Yo tengo que reconocer que soy hija de la guerra de alguna manera. Soy hija de la montaña y yo he sentido la protección tanto de la gente que estuvo allí, de los compañeros como de la montaña. Para mi es como mi gran familia.

Hacemos muchas cosas para sobrevivir, ¿como no merecemos vivir, como no merecemos más que sobrevivir,

*“Yo tengo que reconocer que soy hija de la guerra de alguna manera. Soy hija de la montaña y yo he sentido la protección tanto de la gente que estuvo allí, de los compañeros como de la montaña. Para mi es como mi gran familia.”*

Después seguí en el campamento de logístico. Fue en un desembarco que dañe mi columna. Nos hicieron un desembarco como sorpresa y nosotros estábamos escapando por una quebrada y había un muro. Pues, estábamos subiendo, agarrando de raíces para subir. Se destrabó una que yo estaba subiendo y fui para abajo y me dañó la columna. Pero bueno eso es sólo una marca. Mis hermanos perdieron la vida, mi padre también. También mi hijo ha perdido su oído por la guerra también, por el sonido de una ofensiva que duró varios días.

En la ofensiva del 89 yo tenía tres meses de embarazo. Oscar nació en el 90. Yo fui desmovilizada. Estuve un año en la concertación para ser desmovilizada por las Naciones Unidas. Salí de desmovilizada en noviembre del 92. Y a partir de allí, soy civil. Pero después finalizó la guerra y creíamos que todo iba a ser color de rosa, pero es mentira.

No estoy contenta después de la guerra como estamos. Las cosas, en lo económico, están igual o peor. La guerra también fue una consecuencia de otra cosa y esa otra cosa nos ha dado como consecuencia una guerra. Nos ha dado como consecuencia maras, nos ha dado como consecuencia violencia, nos ha dado como consecuencia desintegración

apenas sobrevivir! Yo no quiero tener dinero, plata y ahorros, propiedades, no. Quiero tener para alimentarme, para alimentar a mi hijo principalmente. Y quiero tener un lugar donde vivir. Quizás esto es lo triste, de estar conciente y de haber soñado. Antes aguanté hambre y fue la lucha para no seguir aguantando hambre.

A mi me han preguntado si yo creo que la guerra sirvió para algo. Y claro que sí, pero no es suficiente. Yo estoy diciendo todo eso pero no tengo miedo que me vayan a matar. Yo también creo que de nada me sirve tener libertad de expresión si no tengo qué comer, si no tenemos las cosas básicas garantizadas. Yo luché contra la injusticia. Luché por una sociedad más justa. Yo luché para que mi hijo, sin saberlo, que viva en paz. Pero que de nada me sirve. Yo para mi hijo quiero otra cosa. Pero no la encuentro. Yo no puedo decir, ahora yo lo volvería hacer, no lo puedo decir porque estoy mayor y pienso también. También soy mamá. No quiero otra guerra ni hoy ni nunca ni aquí ni en ninguna parte. Pero no me arrepiento. No me avergüenzo. No quiero callarla.

Decidí estudiar Trabajo Social porque después de la Firma de los Acuerdos de Paz, y que hubo que entregar las armas,



*“Mi interés es que la gente conozca, lo que sufren los niños en una guerra, lo que sufren los padres. Porque en una guerra la gente que paga más es la gente que no tiene nada que ver.”*

yo pensé: hay que seguir luchando. Pero ya no con las armas. Yo fui para una nivelación de bachillerato y en seis meses y me hice bachiller. Después yo me fui para la universidad a estudiar Trabajo Social. En el 2001 me gradué y me hice trabajadora social. Es una manera de seguir luchando con un arma pero con un arma no bélica. Quería trabajar con dos sectores; el sector con discapacidad y las mujeres.

Bueno, estoy sin trabajo. Estar sin trabajo me deprime en algún momento, me lleva a la desesperación. Empecé a trabajar el cuero, haciendo zapatos. A veces mi hijo me dice “Pero mami, vos sos licenciada.” Y yo quiero ser trabajadora social, soy trabajadora social, pero no voy a hacerlo de voluntaria, tengo que ganar dinero para todo. A veces siento que no hago bien las cosas, siento que he hecho bastante pero quizás podía hacer las cosas mejor si mi situación hubiera sido otra, pero no puedo, no tengo la lucidez suficiente.

Yo tengo más que dos años sin trabajo, por eso estoy haciendo artesanías, que es bueno. Ha sido como saludable para mí. Me he ocupado un poco más de mi hijo, de mí, como madre. He necesitado el tiempo. Creo que con la tienda aquí estoy haciendo un trabajo social también. Hay artesanos y artesanas, en las comunidades que necesitan espacio y hay que acompañarles, hay que fortalecerles, hay que pensar juntos como avanzar. Yo creo que la solución está en esas pequeñas cosas. Estas cinco mujeres que han dejado la cocina, que se han olvidado de sus maridos, por un tiempo se han desprendido de las responsabilidades de

sus hijos y de la casa. Están ocupadas en algo de ellas. Pero también se están juntando con otras mujeres que tienen la misma experiencia entonces allí hay salud mental, es una iniciativa productiva, liberándole de un rol que hay por la cultura, la historia. Entonces quizás los resultados económicos no son muchos pero se gana otra cosa. Estas mujeres después de un tiempo ya no son las mismas mujeres que antes. Cuando una sabe que puede hacer otras cosas que cocinar, que parir, que lavar, además te da independencia, o sea que ya la mujer dice “¡Voy a bordar, voy allá!”

Mi historia ha sido marcada, yo creo que yo he tenido la necesidad de ser adulta muy pronto, y ahora que yo tengo ya varios años y varias canas y un par de arrugas. Yo no tuve infancia o sea me robaron mi infancia. He tratado de cuidarme, muy consciente de la necesidad de la salud mental para todo el mundo. Se han firmado los Acuerdos de Paz y ha habido una supuesta reconciliación, pero como muchas cosas están pendientes, y a nivel de atención a las personas con discapacidad producto de la guerra, la salud mental no ha sido tomada en cuenta, y eso es una discapacidad. Si yo no estoy bien psicológicamente, no puedo trabajar, no puedo vivir con la familia o sea no puedo integrarme fácilmente a la sociedad. A mí, mi hijo me ha visto muchísimas veces... abandonada. Abandonada en el sentido de que he tenido momentos críticos, que me he quedado en mi habitación, tomando café, fumando, y leyendo. Pero además he tenido diálogos internos permanentes, entonces estoy como ajena. Cuando a veces hacemos juegos y el me ve sonreír me dice, “¡Me gusta verte así!”

Mi interés es que la gente conozca, lo que sufren los niños en una guerra, lo que sufren los padres. Porque en una guerra la gente que paga más es la gente que no tiene nada que ver. Yo siempre pienso en el dolor de mi madre. Es terrible. Yo creo que hablarlo para mí es una catarsis, pero esto siempre se me va a quedar. Uno no puede borrar la historia. Hay heridas que se quedan que no se han sanado. Yo a veces veo hacia algunas personas y yo digo así estaría mi mamá, así estaría mi hermana. Cuando estoy yo sola me pongo a pensar, porque nosotros teníamos una familia grande y que de repente mi hijo no tiene muchas tías, muchos tíos. Yo he querido escribir mi historia más por mi hijo. Yo quisiera que mi hijo lo lea y así él pueda conocer a su madre. ♀



# Otinia

*Otinia*

Osicala, Morazán.

**Mujer que a pesar del dolor de haber perdido a sus hijos, mantuvo su espíritu emprendedor y amor a la vida. Su curiosidad la ha inspirado para contribuir con el desarrollo de su comunidad. El tiempo la ha convertido en una señora muy cariñosa y generosa con lo poco que tiene.**

En la crianza, sufrí mucho. Yo era muy desnutrida. Tenía anemia. Pienso que fue una falta de entendimiento. Yo no sabía que las hojas tenían vitaminas, ni mis padres. Cuando yo me di cuenta es cuando recuperé un poco de la energía. Mis padres me mandaban a tornear, o sea trabajar con el henequén. A la una de la mañana amanecíamos con cinco docenas de lazo esperándonos. Para trabajar el henequén se lo mete en la máquina, lo lava después, y lo seca. De eso hacen muchas cosas; sacos, matatas, alfombras, muchas cosas se hacen. El jefe solo me pagaba cinco centavos a la docena. Pienso yo que son sufrimientos grandes porque yo trabajaba para mis cuatro hermanos porque yo soy la mayor. *¡Y ese trabajo era caliente!* Si uno se mojaba después pasaba con un dolor en los huesos, como era reumatismo. *¡Mojados-Calientes eran!* Cuando tenía diecinueve años ya no iba a tornear porque me hinché. *¡Bien hinchada andaba!* Ya no me mandaban a trabajar.

A los veinticinco años me casé pero él no me cuidó. Él no reconocía que llevaba una persona más o menos trabajadora. Me dejaba en la casa y se iba con otras mujeres. *¡Sólo sufrimientos en la crianza y también en el primer casamiento!* Pero en el tiempo de la guerra él se murió. Lo mataron. Yo tuve tres hijos con él. Y yo quedé sola.

Mi mamá se murió de bronquitis y mi papá, lo mataron en la guerra también. Mire, ellos en este tiempo, o sea, si se hacía para un lado se espinaba en el otro. Si se hacía para el otro, topaba en la otra espina. Por muy recto que fuera uno, siempre tenía peligro porque no se iban con los que andaban armados. Dicen que mataron a mi esposo porque todos mis hermanos andaban con la guerrilla. Yo no sé. Hubiera matado a mí también si fue por eso. Si, todos mis hermanos andaban con la guerrilla, pero a mí no me llamó mucho la atención todo eso. Primero mataron a mi esposo y después a mi papá y después me acompañé con Patricio y estoy con él todavía.

Tuve dos niños de él. Y un día venimos de traer leña y maíz nuevo cuando se cayó una bomba en la casa. A ver porqué tiraron a nosotros. Otras personas decían que la casa estaba llena de guerrilleros pero no había ninguno. Sólo nosotros con los niños. Me mató el niño y golpeó a la otra niña. El niño quedó de seis meses y la niña de cuatro años. A mí me golpeó también. Yo iba volando, se puede decir. Pero el niño se murió de un solo. Y a la otra niña, la que vive allí arriba, la esquirla le rompió el pie. Todavía le faltan dos pedazos del pie. *¡Me enloquecí!* Cuando vinieron los soldados a ver los niños, yo no me acuerdo, pero dicen que le quité el fusil a uno. Es que me tupí. Dicen que hasta piedras agarré. Yo no les tenía miedo porque decía que ya me había matado el niño, que me matara a mí también.

Siempre había alguien que les decía que, “Ella no anda bien, no anda normal. Ella tiene todo razón porque le había pasado un caso grande.” Y ellos me dejaban.

Después de eso se murió el niño, no quedé bien. Todavía,

*“Para trabajar el henequén se lo mete en la máquina, lo lava después, y lo seca. De eso hacen muchas cosas; sacos, matatas, alfombras, muchas cosas se hacen. El jefe solo me pagaba cinco centavos a la docena.”*

me siento que...ó quizás por eso se me olvida todo. De estar recordando el niño me olvido lo que tengo que hacer. Me dijeron que necesitara medicamentos para el cerebro pero no se los he visto. Pasé un tiempo cuando después de que matara al niño, si miraba a un soldado o fuera un guerrillero, me pegaba un dolor y se me iba la mente. Pasó tres años cuando no comía, no dormía. Sentía que ya iba por morir. Patricio me llevó a lo que decimos aquí, *pachero*. Es alguien que cura a la gente, un curandero. Me dio unas inyecciones, pastillas y una aguita. Esto me ayudó mucho. Pero siempre traía este sentimiento por los soldados. Yo traía pan al pueblo para vender y me preguntaron si iba a vender a los guerrilleros. Yo les decía, “¿Ustedes creen que sólo ustedes comen? Voy a vender a quien me compra, si sea guerrillero o no.”



Cuando me recuperé me invitaron a unas reuniones en Perquín. Nos daban charlas de los derechos de las mujeres. Abrieron muchas puertas para nosotros, las mujeres, pero yo era la única que iba de aquí. Las otras decían que no tenían tiempo, que tenían muchos compromisos en la casa. Sólo yo iba. Antes yo era una mujer muy tímida, tenía mucha pena. Pero éstas charlas me dieron ánimo y me quitaron la pena. Yo no sé leer ni escribir pero era una mujer muy curiosa. Yo les pregunté cómo hacer una ADESCO. Yo no sabía y tenía esta inspiración. Aquí había una ADESCO pero no sabía quien era presidente, para nada. Y así formamos el grupo de mujeres aquí. Solicitamos a un proyecto de alumbrado eléctrica. Ahora hay luz aquí en la comunidad. Yo no le he bajado por el costo pero está en la comunidad. También hemos solicitado proyectos de letrinas y cocinas. *¡Hemos conseguido ciento cincuenta becas para alumnos sólo de aquí, de Osicala!* Yo fui a San Salvador, *sola*, para publicarnos en el diario oficial. Sí, esto fue un logro. He luchado mucho para ésta ADESCO. Ahora mi hija es la presidenta. Yo le digo a ella que, “A uno no le tiran flores. Le tiran piedras.” Pero vale la pena porque cuando me muera yo voy a dejar un recuerdo con la comunidad. ♀



*“Yo traía pan al pueblo para vender y me preguntaron si iba a vender a los guerrilleros. Yo les decía, “¿Ustedes creen que solo ustedes comen? Voy a vender a quien me compra, si sea guerrillero o no.”*



# Morena

*Morena*

Suchitoto, Cuscatlán.

**Incansable mujer, quien desde su juventud luchó tenazmente por la justicia social, y ahora enfrenta otra batalla: lograr la igualdad de género y enseñar a las salvadoreñas sus derechos civiles.**

Originaria soy de San Salvador, del barrio San Jacinto en el sur de la capital. En los inicios, por lo menos yo no pensaba que iba a ser una guerra tan larga. Había una situación de mucha convulsión social, una necesidad de justicia ante las situaciones de represión y el cierre de espacios públicos. Participé en el movimiento estudiantil. Teníamos demandas muy sencillas como cuando le subían al pasaje de buses los estudiantes queríamos que con carnet nos mantuvieran el pasaje. Luego en las comunidades eclesiales de barrios a las que me vinculé también, se hacían lecturas de la realidad. Nos dábamos cuenta como exigencias de trabajadores del campo y de organizaciones sindicales, eran respondidas de una forma brutal con asesinato, con capturas, torturas. Entonces nos sentíamos obligados y sin opción. Por eso recuerdo que la guerra no inició de una forma premeditada.

Luego éstos comités de barrios, con la radicalización que hubo, se convirtieron en estructuras milicianas. Fuimos creando todo un tejido de comités de barrios en toda el área metropolitana. Ya para la ofensiva del 10 de enero, yo tenía responsabilidad y mucho que ver en el proceso de preparación. Estaba embarazada de mi segunda hija y los compañeros me plantearon que en esa situación en la que estaba que mejor me quedara. Pero yo no quise. Yo dije, “No, si yo he estado participando en toda la preparación, voy a estar en la ofensiva.”

Entonces yo me despedí de mi casa, de mi mamá y de la niña que ya tenía, pensando que iba a regresar como en dos meses. Regresé más pronto porque la ofensiva no tuvo los resultados que esperábamos, pero luego me tuve que ir porque la represión era insostenible. Pero también cuando me vine para acá, para Guazapa, en ese año 81 no pensaba que me iba a quedar tanto tiempo.

A mediados del 81 estaba con un compañero y el escuadrón de la muerte nos cayó, y yo me les logré escapar de milagro con mi hija, pero mi compañero al día siguiente apareció torturado y muerto. Entonces mis opciones eran irme del país o irme a una de las zonas que se fueron constituyendo como bolsones. Entonces me mandaron para Guazapa inicialmente como responsable de la escuela política del frente.

Después me nombraron responsable de todo el trabajo con la población civil del frente. ¡Esa era una responsabilidad más grande! Teníamos que ver todo el trabajo de autodefensa de las comunidades. Organizamos escuelas porque había bastantes niños y decíamos, “No es posible que estemos en estas zonas de guerra y no haya educación para los niños.” Sólo preguntábamos “¿*Quiénes quieren ser maestros?*!” y se apuntaban. Lo organizábamos con cosas muy elementales. *¡Escribian con carbón!* Recuerdo que en el 82 en Guazapa montamos dieciséis escuelas.

Una parte muy dura era coordinar las evacuaciones de la población cuando iba a haber ofensivas del ejército. Había evacuaciones que las hacíamos en medio de bombardeos abiertos. Había cuadros dramáticos; niños cargando

personas mayores. Al principio la gente no estaba entrenada para huir. Huían con muchas cosas, mucha bulla entonces teníamos que ir callando.

Pocos meses antes de la ofensiva del 89 me mandan para la ciudad de nuevo en una operación clandestina a montar las bases logísticas de armamento y de munición y de entrada de combatientes para la ofensiva. Preparando una de las tomas de la ofensiva, donde también era segunda al mando, pero al final murió el jefe que también era mi compañero, y quedé de responsable en plena ofensiva en la zona de la Santa Marta en el cerro San Jacinto.

Antes de esto, aquí en el trabajo de Guazapa, nosotros organizamos una asociación de mujeres en las comunidades. Básicamente lo que hacíamos era motivar e informar a las mujeres para que pudieran participar en distintas tareas de apoyo a la guerra, desde tareas logísticas que arriesgaban su vida, o cuidar niños, hacer comida, las mismas tareas domésticas en muchos casos pero socializadas. Eran necesarias porque si no, no se podría haber hecho lo otro, pero yo recuerdo que se reconocía poco el aporte de las mujeres. Recuerdo una emboscada que se hizo en Guazapa que fue tremenda y las mujeres metieron a ese cerro todo el cable y todas las baterías que se necesitaron para conectar una gran cantidad de minas en todo el cerro. Salían como vendedoras, y empezaron a traer hasta que tuvimos todo el material que se necesitaba. Y el día de la operación que fue un éxito. Pues, todos los laureles eran para los hombres, y las mujeres que habían jalado todo eso, ningún reconocimiento.

Al principio no tenía la noción de discriminación femenina. Poco a poco me fui dando cuenta de cosas que pasaban. En contexto de guerra los reconocimientos a veces se daban por asignaciones de tipo de armamento. El tipo de arma que tenés asignado es un elemento de prestigio. Yo, que venía del movimiento estudiantil, con mucha irreverencia, digamos, al principio esas cosas no me importaban. Entonces empecé a percibir que a las mujeres se nos asignaba un armamento de menor calidad por el hecho de ser mujeres. Y no fue algo del momento sino que poco a poco me di cuenta. Una ocasión llegué a la ciudad con otros que tenían menos experiencia que a mí y a ellos les dieron fusil y a mi no. Entonces reclamé, “¿¡Porque no me han dado arma a mi?!” *¡Yo he estado en esta zona, conozco esta zona! Voy a poder defenderme más.*”

Yo no digo que era feminista en ese tiempo pero si tenía muchos malestares pero que no los identificaba como problemas comunes de las mujeres, sino problemas individuales. Para mi, el descubrimiento del feminismo, de ver que no sólo me había pasado a mi sino que lo habíamos vivido otras, para mi fue muy fuerte.

Entonces en el 90 en el contexto que querían los compañeros organizar una asociación de mujeres, un compañero me pidió apoyo. Fue una jornada maravillosa. Yo creo que es la jornada de fundación de Las Dignas. Habíamos veinticinco mujeres, y la líder dijo, “*Los compañeros del partido dicen que tenemos que organizar una asociación de mujeres. Veamos cómo la hacemos.*” Y le dije yo, “*Mirá, porque no empezamos a ver lo que significa para nosotras de mujeres en este tiempo, lo que significaba para cada una de nosotras ser mujeres en la historia que tenemos cada una.*” Y recuerdo una sección larguísima de todo el día sólo con esa pregunta. Fue como destapar una olla de presión. Entonces empezamos a hablar y fue una vomitada de cosas que nos habían pasado y allí decidimos ese día hacer una cosa que nosotras quisiéramos.

Seguimos hasta fundar Las Dignas, que por supuesto los compañeros, cuando vieron que aquello no era lo que querían ellos, nos quitaron todo el apoyo. Pero teníamos muchísima fuerza y una urgencia de no dejar de lado toda esa reflexión. Entonces empezamos con talleres, con reuniones, fue como un torbellino de iniciativas. Fue en ese momento que logré conectar esa información que había tenido con mis vivencias y con los malestares que había sentido. Fue como un clic. Nosotras dijimos, “Compañeras por la Dignidad y la Vida” nos queremos llamar.” Entonces hubieron insultos, descalificaciones.

Recuerdo que un compañero me dijo, “Pero, ¿por qué ese nombre de dignidad?” ...“porque la dignidad es de todas las que se nos pisotea.” Entonces por eso nos comenzaron a apabullar de insultos, *¡Nuestros compañeros que habíamos peleado a la par!* Un día llegó una compañera encachimbada. Llegó llorando, “*¡Me han dicho digna de mierda!* y no le pude contestar.” “Deciles: *‘Dignas ¿y qué pues?’*... Desde ahora nos llamamos Las Dignas.”

Luego vino la urgencia por descubrir. Los compañeros ya veían que no me controlaban en 1990 y me dijeron, “*Mirá creemos que hay necesidad de que vayas a hacer trabajo al exterior.*” Y yo, “*¿Que voy a ir a hacer allá?*” “*Es necesario, que no sé qué, que no sé cuanto, que hay una tarea estratégica en México.*” Yo no me quería salir de la guerrilla entonces acepté ir a México. Entonces me fui y en dos días conocí aquello que ellos querían y digo, ahora me voy a dedicar a encontrar cuantos grupos de organizaciones de mujeres hay en el D.F. . Voy a ir a hacer contacto, les voy a ir a preguntar como hacen las cosas, y les voy a pedir materiales. Y en ese viaje en México también conseguí apoyo para que una de Las Dignas fuera al 5° Encuentro Feminista Latino Americano y el Caribe. Me fui al encuentro y allí fue como descubrir el feminismo. Entonces fue una semana de debates abiertos. Esa cultura de apertura del feminismo yo añoro. Yo digo que en ese encuentro yo



*“Yo quiero el futuro ahora, verdad. Vivo con urgencia. Siempre he vivido con urgencia. Tenemos que construir discursos donde las mujeres podamos expresarnos con derechos vividos positivamente.”*

me enamoré del feminismo. Hicimos un taller de mujeres centro americanas. Cuando estábamos allí, hablando cada quien y una compañera salvadoreña dice, “*¡La lucha del pueblo salvadoreño, que siga la lucha contra la injusticia!*” Cuando a mi me tocó el turno yo les decía, “*Todo lo que ella les ha dicho es cierto, pero también es cierto que en esos campamentos las que cocinan son las mujeres, las radistas, la mayoría son mujeres, y son una especie de secretarias de los comandantes, las que curan los heridos, la mayoría son mujeres. No es cierto que se promuevan tan fáciles las mujeres para jefatura. Cuesta conseguir reconocimiento y no se qué. Ha habido violaciones que no se han sancionado justamente.*” Lo que pasa es que antes lo veíamos pero no reflexionábamos pero ahora estamos reflexionando sobre estas cosas.

En el año 1991 cuando estaba el proceso de los Acuerdos de Paz, había unas fuerzas muy conservadoras que estaban intentando frustrar los procesos de negociación. Organizamos una marcha para presionar porque el proceso no se rompiera. En aquella marcha íbamos de camisetas moradas gritando, cantando, muy alegres. “*¡Mujeres, mujeres!*” No nos hacían mucho caso, éramos muy minorizadas pero allí estábamos.

Las Dignas, hasta el 95, éramos más un grupo con mucha vinculación orgánica hacia grupos locales de la zona, con las mujeres rurales. A partir del 95 decidimos... una conformación, un poco más institucionalizada digamos, estructurar el programa, y áreas del trabajo. Yo me pasé a la coordinación de un programa que se llama “Participación Política y Desarrollo Local,” que era el único que mantenía los vínculos con las mujeres de distintas comunidades.

Me retiré en enero de 2004 de ser trabajadora de Las Dignas, sigo siendo socia. Eso para mi fue doloroso porque yo quiero mucho a Las Dignas, les agradezco muchísimo, hicimos mucho trabajo en la posguerra que me ayudó a sanar también. Seguimos trabajando con las organizaciones locales de mujeres y fundamos La Unión de Mujeres, en este espacio donde ahora hay como treinta organizaciones en distintos municipios y fundamos la Colectiva Feminista

para el Desarrollo Local. Apoyamos a las organizaciones de mujeres pero con el planteamiento de que son las organizaciones locales las protagonistas.

Creo que hay un cambio imaginario social sobre todas las mujeres de que quieren tener otro lugar en el mundo. Compañeras muy mayores que participaron en la guerra decían: “*Yo antes, ¿cuándo yo iba a ir a una reunión sin pedir permiso? Ahora no pido permiso. Estoy tranquila. Le he dejado las tortillas hechas, y él que las caliente.*”

Pueden compartir las cargas también de la expectativa social. Eso es lo que veo ahora, que los principales proveedores ya no son los hombres en realidad. Este municipio confirmó muchísimo que las mujeres son las que se rebuscan, venden, lavan. Los hombres, una buena parte, siguen en la agricultura, que no da para generar un ingreso. Da para la comida básica pero la provisión, el papel de ganador de pan, ha variado. Es muy frustrante para los hombres tener esta expectativa de que ser hombre y ser buen hombre es cumplir con el papel de ganador de pan, cuando ven que sus compañeras son las que están. Tenemos que convencerlos que ganan, de que se hagan responsables y parte de este cambio.

Yo quiero el futuro ahora, verdad. Vivo con urgencia. Siempre he vivido con urgencia. Tenemos que construir discursos donde las mujeres podamos expresarnos con derechos vividos positivamente. Creo que es importante dejarles la capacidad o el ánimo de luchar si viven en injusticia, pero también que puedan disfrutar de la vida en igualdad con los hombres. Yo tengo una nieta que tiene dos años y medio; y le hicimos una celebración de “bienvenida ciudadana del mundo” en vez de un bautismo. Queríamos que tuviera más que una madrina y más que un padrino, que podíamos amadrinarle y apadrinarle en la vida con distintas cosas. Entonces yo le dije “Quiero ser su madrina de dos cosas; de su derecho de decidir, sobre su cuerpo, sobre su vida, y dos quiero ser madrina de su gusto por juntarse con otras mujeres.” Que pueda disfrutar de la posibilidad de juntarse con otras mujeres y si siente injusticia, luchar por ellas, sino disfrutarlas. ♀



**Meanguera, Morazán**

# Antonia

**Antonia, más conocida como Antonina, es un ejemplo de mujer humilde y trabajadora. Desde la mirada de una civil que no optó por ningún bando, sencillamente relata su experiencia durante el conflicto armado.**

Estábamos en la casa, cuando cayeron las bombas en la esquina. Nosotros no hacíamos más que pedirle a Dios que nos protegiera. Mi familia todavía vivía aquí en La Joya, pero mi esposo, los dos niños y yo estábamos en Perquín cuando comenzaron a caer las bombas. Nosotros no pertenecíamos a ningún bando, ni mis papás tampoco.

Estábamos entre dos cuchillos filosos porque no andábamos ni con los compas ni con las tropas. Mis papás no querían dejar su casa ni su terreno, era lo único que tenían. En 1981 se puso tremenda la guerra. Estos fueron los años más peligrosos de todos. La mayoría del cantón había salido huyendo para Honduras pero mi familia se quedó. No sé exactamente lo que pasó porque yo estaba en Perquín, pero sí sé que llegaron las tropas y los mataron a todos, entre ellos a veinticinco de mis familiares, de una sola vez. Estaban mi mamá y mi papá, mis hermanos, tíos y primos. Un tío fue quien los halló, dijo que mi papá quedó en la hamaca con las tripas cayendo al suelo. Afuera de la casa escribieron en una piedra *“Un niño muerto es un guerrillero menos.”* Una semana antes yo había visto a mi mamá en el pueblo, éramos muy unidas y nos veíamos seguido. Mi mamá me pidió que le mandara a la cipota mía con ella allá al cantón. Pero gracias a Dios no la mandé.

Ese mismo año nos fuimos de Perquín. Como no andábamos con ningún bando, los dos nos pusieron “orejas”.

Tuvimos que salir huyendo. Nos fuimos con los dos cipotes que todavía estaban pequeños, como de cinco y de tres años, un varón y una hembra. Ahora los dos están trabajando y los dos sacaron sus bachilleratos. Mi hijo está en los Estados Unidos y mi hija trabaja en Gotera.

Cuando salimos de Morazán no teníamos para donde irnos. Nos fuimos hasta Cojutepeque intentando escapar de la guerra. De allí nos fuimos para Santa Ana, seguimos vagos por muchos años. Durante estos años perdí cinco niños, creo que fue por todo lo que había visto, por todo lo que le había pasado a mi familia. Siempre cargaba a los tiernitos unos meses, pero cuando ya sentía los dolores, René, mi esposo, me llevaba para el hospital pero ya los había perdido. El último era un varoncito, después de él, me quitaron todo en el hospital. Ya no aguantaba más.

¿Y ahora? Pues, aquí estamos. Regresamos aquí a la Joya hace seis años y René hizo esta casa porque aquí nacimos nosotros dos y aquí tenemos a nuestra familia, los que lograron sobrevivir. Ahora yo paso cuidando a mis nietas, haciendo hamacas y en la huerta. Mi esposo trabaja en el pueblo, viene aquí cada ocho días, mañana le toca venir.

Ahora ya están buenos los chiles, tenemos pepino, pipían, zanahoria y plátanos, lástima que se nos arruinó el tomate porque mucha plaga. Vendo todo aquí en la comunidad y también en el pueblo. Las hamacas también. Puedo hacer una hamaca grande en unos tres días. Si me propongo puedo hacerla en menos tiempo, pero por mis otros compromisos, la hago en tres días. Paso bastante tiempo en la iglesia, allí voy todos los días, siempre le pido al Señor que nos ayude a seguir adelante. En el Señor encontré mi paz. ♀



# Lucía

Las Minas, Chaltenango.

**Niña Lucía a pesar de sus sufrimientos durante la guerra, conserva su alegría y ansias de vivir. Posee la inquietud de contar su historia a las nuevas generaciones, un relato que refleja las vivencias de muchas mujeres campesinas durante el conflicto.**

Yo no soy de aquí. Yo nací en Naranjos, arriba de Las Vueltas. Pero se dio que ya cuando ya vine de La Mesa, el refugio, ya no podía llegar a este lugar porque las casas se destruyeron de un solo y no hubiera casas allí. El enemigo se tomó todo lo que era el caserío Naranjos. Los animales que teníamos se nos perdieron en Las Vueltas. Lo que eran las vacas se las trajeron para comérselas, el maíz se lo trajeron, las gallinas se las trajeron, y unos los mataron y los comieron y los chuchos los mataron.

El 10 de octubre salimos de La Mesa. Cuando hicieron repoblaciones aquí en todos los cantones, en Guarjila, Santa Marta, lo celebró toda la gente. Cuando me vine acá yo decía que: “Yo me voy a quedar aquí, solamente que me vayan a sacar.” Pero ya compré este solarcito a puro milagro y ya es mío.

Al principio de la guerra estuvimos bien. Ellos nos dijeron, “Mire, organicémoslo. Organicémoslo y los que van atrás de nosotros los vamos a defender. Y los que van a ser con la tropa, los del gobierno, van a ser con el gobierno. Pero tanto como unos como otros, van a sufrir. Sea por lo que sea, van a sufrir.” El gobierno puso una ley, la Ley Marcial, que dijo que a las seis de la tarde y delante nadie tenía permiso de salir. Nadie tenía permiso de salir

por ningún caso porque lo iban matar. Y si una gente tenía graves necesidades de salir por alguna enfermedad ¿cómo no iba a salir? Lo iba a matar porque no quería que anduviera la gente así en la noche. Yo, le voy a decir que casi no entendía porqué. Me quedé porque no entendí. Y la gente que no hizo caso allí se dieron la tarea de sacar familias de las casas para matarlas. ¡A matarlas! Y así fue.

Yo entendí que empezó por lo que el gobierno estaba haciendo y la ley que había puesto, la Ley Marcial le decían. Ya estaba organizando la gente. Mucha gente, unos familiares de allí de Los Naranjos, lo que hacían era lo agarraron del pelo, vivos, no más los arrastraban por el camino los escuadrones de la muerte, los soldados, la guardia. Cuando todavía estaba en la casa yo, que no había muerto mi papá todavía, lo agarraron, le dieron unos porrazos en el lomo, y esa vez no se lo llevaron. Sólo para asustarlo.

Pero esa vez yo fui violada por la guardia. No puedo decir todo que yo sentí. Fui violada por la guardia de allí de Las Vueltas. Esa situación la pasé porque yo andaba ordeñando una vaca y ellos me vieron. Me pusieron el fusil y después me dijeron que dijera dónde estaban los guerrilleros. “Pero yo no los conozco, yo no sé qué son los guerrilleros.” “Pues hoy nos vas a decir dónde están los guerrilleros. Ustedes son las mujeres que les dan comida a ellos.” Y todas esas cuestiones me metían miedo pues. Pero no me mataron. A mi no me hicieron nada, sólo me violaron. Todos hicieron conmigo. Pues, francamente yo allí, todo estaba en las manos de ellos, si me mataban allí me iba a quedar muerta. Yo no podía hacer nada porque yo

andaba sacando un poquito de leche de una vaca y ellos si hicieron lo que quisieron conmigo. Dios sabe la barbaridad que uno ha sufrido.

A mi papá le mataron porque cuando la invasión en la comunidad estaba un puño de gente y mi papá los apoyó. Les dio comida y les dio donde dormir y ellos andaban

*“Hasta este momento he tenido que vivir con ésta historia de que viví. Ahora con mis hijos, yo les cuento que ellos no saben pegar una guinda. Ellos no saben de eso. No saben que fueron los sufrimientos, pero yo les cuento lo que yo sufrí.”*

mojados, andaban desvelados, y ellos se durmieron y salieron en la mañana. Entonces nosotros ya sabíamos el movimiento que venía. Entonces por eso se murió mi papá. Mi papá como salió de la casa con mis hermanos y mi esposo, ellos lo que quisieron fue irse a trabajar. De allí los fueron a sacar del trabajo y los mataron, los del ORDEN y la tropa. Así fué. Mi papá no fue enterrado. A él se lo comieron los chuchos. No podía verlos como quedaron si quiera porque no están enterrados. La historia es larga, larguísima, bastante.

Vivimos un tiempo aquí en El Jicama con mi mamá y a los quince días, a la guinda. Decían que prepárense porque el enemigo viene. Los mismos guerrilleros nos decían. Ellos mismos estaban haciendo la seguridad, tenían bolados para ver como estaba el movimiento de ellos y ellos nos avisaban a nosotros, “Hay movimiento en Chalate, prepárense, con unas tortillas si las tienen, porque en un ataque salimos de aquí. Nosotros seguíamos la misma gente, gente civil. Los guerrilleros seguían a tomar los cerros Los Cocotillos. Iban a la montaña a tomarse los pueblos y a cuidar la gente. Pero ellos no andaban con nosotros pero a la gente, la guiaban para donde iba a salir.

Hubo un tiempo que no hallábamos comida porque la gente no trabajaba. No les dejaban trabajar. Una no podía tener una ropita atendida porque allí le iba la bomba para uno. Cuando esas bombas reventaban dejaban un gran hoyo, arrancaban hasta palos. Y quedaba el hoyo donde esta bomba se enterraba y se reventaba. *¡Y un montón de esquiras, volaban!* Y esa esquirra si llegaba a caer a uno, allí lo mataba. A pues, así estamos viviendo, en un monte pasábamos. Mi mamá, como estaba algo de edad, yo ya no podía lidiar a ella, andarla chineado, andarla llevando. La

mandamos a un refugio. Ella estuvo un tiempo allí, y así fue que mi mamá se fue aliviando.

Cuando vivíamos en el monte, las muchachas que tenían capacidad tenían que ir al enfrentamiento. Las que estaban todas arruinaditas, que no tenían capacidad de agarrar un fusil, se iban a la cocina a hacer tortillas para ellos. Yo no hacia nada, no hice más que colaborar con unas tortillas que tal vez yo iba a comer, dárselas a ellos para que las comieran.



Porque estaba con Miguel que estaba tierno, no podía pues. Solamente las hijas mías, sí. La Mabel fue sanitaria. Otra hija fue cocinera.

Mabel andaba la medicina *¡en el lomo!* *¡Y con el fusil en el lomo!* *¡Y al monte!* Cuando había unos heridos ella iba con las otras sanitarias y cada quien agarraba a su herido y se los llevaba. La Mabel aprendió un poquito a poner inyecciones a asistir como una partera de que tuvieron necesidad de tener su niño. Y yo tengo un muchacho que quedaba perdido y lo fui a traer. Estaba herido. Le cayó una esquirra en la pierna. Lo hallaron algo fácil porque él andaba llevando un radio de comunicación. Pero yo no sabía si estaba todavía vivo o no estaba.

Hasta éste momento he tenido que vivir con ésta historia

de que viví. Ahora con mis hijos, yo les cuento que ellos no saben pegar una guinda. Ellos no saben de eso. No saben qué fueron los sufrimientos, pero yo les cuento lo que yo sufrí. Yo quiero que ellos sepan de la experiencia que yo tuve porque yo tuve un hijo que era combatiente.



Cayó por el lado de La Montañita. Como lo hicieron en pedacitos, recogieron los pedacitos y lo vinieron a enterrar allí por el río. Llegaron ocho días a quererme platicar que mi hijo había caído pero no tenían valor de decirme porque yo me iba a escapar a morir. Cabal. Yo me escapé a morir. Además quedé enferma.

Y yo anantes estoy aquí contándole todo lo que me ha pasado. A los dos días volvieron para decirme que no espere a mi hijo porque mi hijo ya no está. Ya está muerto, pues. Entonces yo le puse a este otro muchacho que tengo,

Carlos. Le repuse el nombre del que cayó porque él lo chineó, *¡él lo conoció!* Tuvo el gusto de chinear a este otro niño que yo había tenido. Me dijo, “Qué bien mamá. Otro guerrillero más,” me dijo. “Voy a dejar repuesto.” Y cabal. El mismo nombre que tenía le quedó a Carlitos, el más grande de los chiquitos que tengo.

Yo ya no tengo este pensamiento de salir, guindiando. Lo único es que a mi me afectó bastante. Yo padezco de una enfermedad que tengo seis años de estar lidiando con una cosa que yo no puedo tener alegría yo no puedo tener aflicción. Yo no puedo tener nada. Entonces yo padezco

del corazón, de convulsiones. Pero tengo el tratamiento de dos años que me esta dando el hospital. Sino, yo no me podía mover de la cama. Yo no me movía, yo caía. Yo no me doy cuenta. Y entonces yo no me puedo desvelar tanto. No puedo tener todo eso porque cuando mi mamá murió, diariamente me estuvo agarrando eso. Cuando fuimos al entierro yo no me di cuenta cuando la enterrábamos. Sabía yo que era mi madre que había fallecido y la íbamos a enterrar. Alguien la destapó, y yo pensando, voy a volver a ver a mi madre que es la última vez que la voy a ver. Hasta allí me acuerdo y de allí ya no me acuerdo.

Cuando ya estaban los Acuerdos de Paz, regresamos aquí. Fue una alegría para nosotros cuando nos dijeron, “Están los Acuerdos de Paz.” Ya no le hacían nada a la gente. Ya cuando hubo los Acuerdos de Paz, ya no había sentimientos que le iba a matar a uno. Solamente los guerrilleros, si. Y siempre había cortes de manos. Cuando nos venimos vinieron ayuditas de otros países para nosotros. Nos dieron piedras para moler, nos dieron cántaros, nos dieron otras cositas arroz, jabón. Daba un poquito de maíz, maíz amarillito y las tortillas quedaban bien amarillitas. Y la gente empezaba a hacer sus milpitas. Ya fuimos teniendo pues.

Algunas cosas han mejorado y otras se han empeorado. Está peor porque hoy está más triste. Hoy es otra guerra. Gracias a Dios éste puesto aquí es sano. Pero Chalate para abajo es triste. Da miedo. No hay días que no amanezcan muertos por las maras. La juventud que no supo lo que sucedió. Matar a una gente para ellos no es nada. Siempre está, la guerra está, pues.

*“Me preocupa mucho porque mi hijo quiere estudiar en San Salvador. Da miedo. Pero yo digo que yo soy pobrecita no alcanzo a pagar la universidad. Yo me siento bien aquí pero estoy aquí y no salgo de la casa. Siempre me dan ganas de salir pero ¡no hallo con quien!”*

Me preocupa mucho porque mi hijo quiere estudiar en San Salvador. Da miedo. Pero yo digo que yo soy pobrecita no alcanzo a pagar la universidad. Yo me siento bien aquí pero estoy aquí y no salgo de la casa. Siempre me dan ganas de salir pero *¡no hallo con quien!* Lo que yo quiero es que vayan a salir adelante con los estudios, primero Dios y entrar a trabajar. Pero de ellos depende. Si ellos quieren seguir estudiando que lo hagan pero yo me quedo aquí, criando gallinas y si hay necesidad voy a vender a una gallina para darles de comer. Eso es lo que puedo hacer yo. ♀



# PRUDENCIA AYALA

*Hija de la Centella*

Carlos Henríquez Consalvi

**1930:** La sociedad salvadoreña de entonces negaba a la mujer sus derechos como ciudadana: no podía votar ni mucho menos optar a un cargo público, excluida del derecho a pensar y soñar. Por rebelarse frente a este estado de cosas, a Prudencia Ayala se le llamó “loca” y fue objeto de las burlas de algunos intelectuales de la época. En aquella provincia de prejuicio y doble moral surgió el murmullo de una voz femenina y el grito de una demanda por sus derechos, hasta el atrevimiento de intentar postularse como candidata a la Presidencia de la República.

Es noche de tormenta. Una mujer embarazada cabalga por los caminos clandestinos que de Guatemala conducen a Sonsonate. Una centella corta la oscuridad; con estruendo cae sobre una gigantesca Ceiba. El rayo fulmina a dos campesinos y deja aturdida a la futura madre; en su vientre lleva a Prudencia, quien nace en una cabaña de paja en la población de Sonzacate, departamento de Sonsonate. Es el 28 de abril de 1885, según las notas manuscritas de Prudencia Ayala, en las cuales también afirma que su padre fue “un indio mexicano” y su madre “una indígena que alcanzó el grado de Coronel en la lucha contra el régimen de los Ezeta”.



Gran manifestación de Señoras, analfabeta el 25 Dic. 1932

Manifestación de mujeres en San Salvador: 1932.

### Las Voces misteriosas

Muy pequeña, Prudencia es trasladada por su madre hacia la ciudad de Santa Ana. A los diez años se encuentra en el colegio de la profesora colombiana María Luisa de Cristofine, sin embargo no puede concluir el segundo grado debido a la pobreza de su madre. A los doce años, confiesa escuchar “voces misteriosas” que le anuncian los sucesos del futuro. En 1898 inicia la publicación de sus profecías en el Diario de Occidente, de Santa Ana. Al acertar en algunas de ellas, el director del periódico, Don Rosendo Díaz, la bautizó como “La Sábila santaneca” y le concedió un espacio en las ediciones del diario. En 1914 pronostica la caída del Káiser de Alemania y la entrada de los Estados Unidos en la guerra. Se gana la vida como costurera, y por ratos, leyendo las cartas adivinatorias.

A partir de éste momento publica sus planteamientos feministas y su pensamiento unionista centroamericano, así como sus poemas en diversos diarios de Guatemala y El Salvador. En 1919, es encarcelada por criticar al alcalde de la ciudad de Atiquizaya. Ese mismo año marcha a Guatemala, donde es hecha prisionera durante varias semanas, bajo la acusación de participar en la planificación de un golpe de Estado contra el dictador Estrada Cabrera, y luego es expulsada. Sobre ésta experiencia publica “Escible. Aventuras de un viaje a Guatemala.”

Algunas fuentes la ubican tomando la palabra en la manifestación de mujeres reprimida con violencia por la Guardia Nacional, en las calles capitalinas, el 25 de diciembre de 1922.

Aunque había sido estigmatizada por algún periodista como “la analfabeta”, en 1925 aparece su libro “Inmortal, amores de loca” y en 1928, “Payaso literario en combate”. En los diarios de la época fustiga a las dictaduras del istmo, y apoya la lucha de Sandino. En 1927 condena la intervención militar de las tropas estadounidenses en Nicaragua y pide una indemnización por los daños causados a ese país.

### ¿Una presidenta salvadoreña?

En marzo de 1930, Prudencia Ayala anuncia que intentará lanzarse como candidata a la Presidencia de la República. El Gobierno del Dr. Pío Romero Bosque, permitió cierta apertura política. La plataforma de Prudencia promovía los derechos de la mujer, pero también incluía aspectos como el respaldo a los sindicatos, la honradez en la administración pública, la limitación de la distribución y consumo del aguardiente, el respeto por la libertad de cultos y el reconocimiento de los llamados “hijos ilegítimos”. Al mismo tiempo se manifiesta “orgullosa de ser una humilde india salvadoreña”. Su acción fue un triple

reto al sistema social y político de la época: por mujer, indígena y madre soltera.

En ese entonces, era socialmente aceptada la idea de que el único papel de la mujer era tener hijos y atender la cocina. La ley establecía que ellas estaban sujetas a sus esposos. No tenían el derecho de hacer una acusación ante los juzgados, ni prestar testimonio o participar en defensa jurídica.

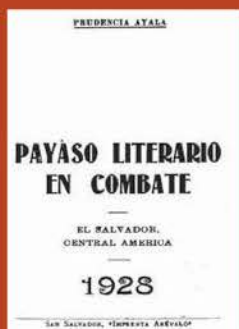
La costumbre requería que las mujeres se vistieran con recato y no se permitían desviaciones. La aparición de Prudencia, portando públicamente un bastón fue otra provocación contra los sentimientos de sus contemporáneos más conservadores. "No todos los hombres titulados llevan bastón. Yo lo llevaré como insignia de valor en el combate contra los ingratos que adversan mi amor, mi ideal, la vida que llevo".

Es entonces que declara a la prensa: "Jamás he luchado por candidatos, menos por caudillos, no he militado en la política local, sino hasta hoy que lanzo mi candidatura para probar mi competencia ciudadana y sacar triunfante los derechos políticos que en justicia le pertenecen a la mujer."

En junio de 1930 aparece como fundadora y redactora del periódico Redención Femenina, del cual se conocen tres ediciones, donde expone sus

argumentos en pro de los derechos ciudadanos de la mujer. En sus páginas escribe: "Pensando seriamente en el estado inferior en que está colocado el sexo femenino, he lanzado mi candidatura para Presidente de la República, para manifestar las actividades cívicas en las capacidades morales y mentales de la mujer; iguales al sexo masculino: sin preocuparme de barreras que tenga que vencer para sacar triunfante la redención femenina en el derecho ciudadano." Reivindica los derechos de la mujer sobre la base de una igualdad de propósitos fundamentados en la igualdad de los sexos: "... el hombre y la mujer forman el cauce del mundo: los dos forman el hogar, los dos forman la sociedad, los dos deben formar el concepto ciudadano y constituir las leyes democráticas contra la esclavitud, los dos deben formar el gobierno." Y en el número tres de su periódico afirma: "Este grito es de elevada significación política ante el coloso del Norte. La preparación cívico político social de la mujer indolatina-hispanoamericana, que ha de cooperar en el orden político de la actividad ciudadana contra toda humillación, contra toda corruptela.... Esto no es arrebatarse los derechos al hombre, sino constituir la soberanía nacional en los dos sexos que forman la familia humana."

Para exigir el derecho al voto femenino y la consiguiente legitimidad de una mujer a optar a la candidatura presidencial, emprende una batalla de opinión y de alegatos jurídicos. En medio de la burla





de algunos articulistas, se levantó la voz de Alberto Masferrer para escribir en el periódico Patria: "Prudencia Ayala defiende una causa justa y noble, cual es el derecho de la mujer a ser elector y ocupar altos puestos. Su programa de gobierno no es inferior en claridad, sentido práctico y sencillez, al de otros candidatos que se toman en serio". Y sobre la lucha por el voto de la mujer, afirmó "...plantea un serio problema jurídico a nuestros legisladores y no les queda más que dos caminos, reformar la Constitución en sentido de conceder esos derechos o dormir una larga siesta..."

Entre otras argumentaciones, Prudencia sostuvo: "Las mujeres, según la constitución somos ciudadanos, y los mismos que nos menosprecian, no han rehusado la contribución de nuestra sangre cuando la Patria ha corrido grandes peligros. Mi madre se batió en Santa Ana contra las Ezetas, y se le dio el grado honorífico del Coronel. Como ese abundan los casos en nuestra historia."

A los legisladores les increpa en relación al voto femenino: "Sólo los Diputados que no sean patriotas y que no amen a su pueblo pueden oponerse".

Frente a la burla de algunos sobre la habilidad de la mujer, Prudencia responde: "Se nos rechaza por falta de mentalidad y de conocimientos? Yo sé de gobernantes y de aspirantes al Gobierno, que no superan a muchas mujeres salvadoreñas y aun les son inferiores".

Luego de un encendido debate público, la Corte Suprema de Justicia determina que las leyes de la nación no conceden ese derecho ciudadano a la mujer.

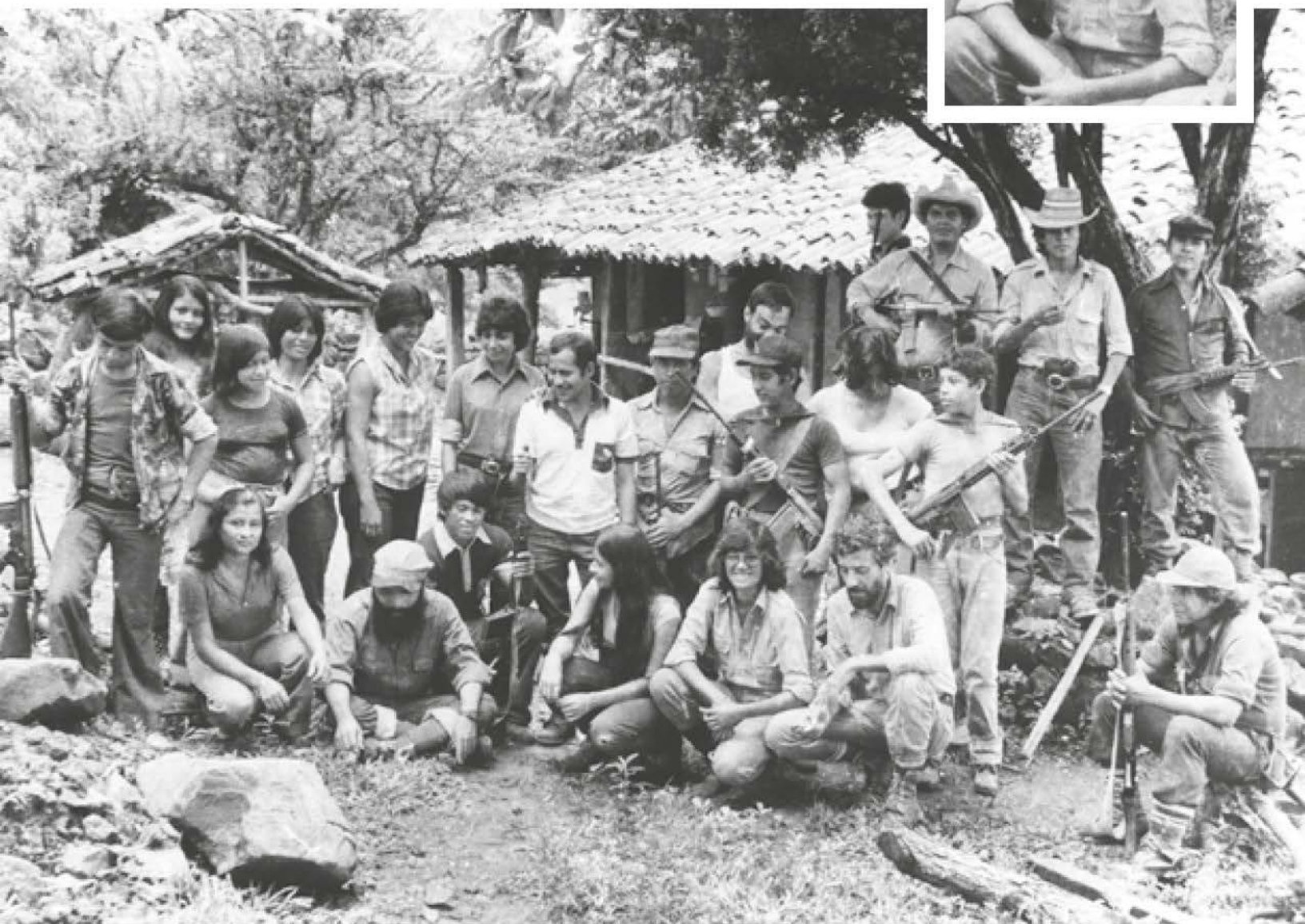
Las elecciones las ganó el ingeniero Arturo Araujo, quien prometió promulgar una reforma agraria. No pudo cumplir su promesa. Nueve meses después, fue derrocado por su vicepresidente, el General Maximiliano Hernández Martínez.

A pesar de la resolución jurídica en su contra, la lucha solitaria de Prudencia Ayala representó un precedente histórico. No logró la hazaña de ser reconocida como candidata, pero demostró que una mujer era capaz de aspirar y desempeñar cargos públicos. Seis años más tarde el 11 de julio de 1936, muere en San Salvador. No fue sino hasta mucho después cuando se establecieron en El Salvador, sin ninguna restricción, los derechos femeninos.

Conservar la memoria de aquella salvadoreña de piel morena y ojos grandes que escandalizó a la sociedad de su tiempo con la propuesta de ser Presidenta de El Salvador, es un acto ineludible de justicia histórica. Con su bastón de madera, tocó la puerta de la historia para anunciar el advenimiento de una nueva era en la lucha por los derechos de los hombres y las mujeres de esta tierra.



# *Crónicas de Dina*



Morazán. Colectivo de Radio Venceremos. 1981.

## *Abrazando un poste y mirando la luna*

El campamento de la Venceremos en el Zapotal en 1981, era bellissimo, tenía tres casas en el mismo complejo: una era donde dormía el equipo de la seguridad y los que cabían y la cocina, en la otra estaba el equipo de grabación y transmisión de la Venceremos, donde trabajaba Santiago, Maravilla, Pichinte, Apolonio, Ricardo y Toni y en la más estropeada estaba el equipo de propaganda donde trabajaba Cecy, Mabel, Javer, Morena Lisset, Carolina y yo.

A todos nos tocaba en la noche hacer vigilancia nocturna una hora. Como el campamento estaba muy cerca de caminos, cada noche habían 3 personas cada hora haciendo posta. Una cubría la parte de atrás del campamento, la otra la parte del frente y una tercera persona era móvil, que se movía dentro del perímetro del campamento y era la que avisaba al cabo de una hora los relevos hasta cubrir toda la noche.

Un día me toco a mi ser la posta móvil a las 12 de la noche, era una noche preciosa de luna llena, tenía como media hora de estar moviéndome de un lado a otro, cuando de repente miro hacia arriba abrazando un pilar de la casa para poder ver la luna. No supe en qué momento me dormí, cuando desperté estaba abrazando el poste y ya eran las 4 de la mañana y corrí a despertar al siguiente relevo.

Me castigaron con una semana de doble posta, por haberme dormido, más la regañada de todo el campamento.—



“Mabel”



“Filomena”

## *La confusa oscuridad*

Una vez durante un operativo del ejército en 1983, salimos rumbo a la Montaña, bajo la lluvia y de noche, llevábamos casi 5 días caminando de un lado a otro, yo andaba con la Venceremos, iba detrás de una compa, que después murió en San Miguel, se llamaba Janeth Samour, pero aquí le decíamos “Filomena”. Como esa noche era oscura totalmente, no se miraban ni las manos, yo casi llevaba mis pies de arrastradas para no caerme. De repente, paran la columna de compas y dicen que hay que recoger una “ración seca” (que era 2 pedazos de dulce de caña envueltos en hoja seca de maíz). Todos estábamos haciendo cola, agarrando el dulce y seguíamos caminando cuando tocó mi turno, en medio de la oscuridad yo veía que el compa de adelante no caminaba y todos se estaban yendo. Entonces yo le dije tocándole el pelo con la mano “camine compa”, y para mi sorpresa me doy cuenta que no era una compa chiquita, sino las nalgas y cola de un burro. Salté para atrás y agudicé mis oídos para orientarme en qué dirección iban todos. Y así los alcancé.

Durante todo el camino, iba como que era loca riéndome sola, tapándome la boca para no hacer ruido. Le conté a Filomena lo que pasó y ella igual que yo, fuimos riéndonos suavemente en todo el camino, tanto era mi risa que no sentía la lluvia y las horas que faltaban por caminar. Al amanecer llegamos a la Montaña.—

## *Isra, el dulce de marañón* **y las mujeres de la ciudad**

En 1982, el campamento de la Venceremos estuvo un tiempo en los Llanos de Agua Blanca, una zona estéril, que en verano casi no tenía agua. Abundaban arbustos como marañones silvestres, nances y el chaparro, de una hoja áspera, que la gente utilizaba para lavar los trastes.

Un día con Marianita decidimos cortar marañones y después hacer un succulento dulce. Conseguimos una laja de dulce, un cubo, agua y una cuchara de palo, teníamos todo listo, lo único que faltaba era encender el fuego de leña. Pasamos tres horas queriendo encender el fuego y nada.

Llenas de ceniza y cansadas le pedimos a Isra que nos encendiera el fuego, vino él, arregló los palos, sopló con mucha fuerza, y como arte de magia salió una llama muy vigorosa.

Le dimos gracias por habernos encendido el fuego. Su único comentario cuando ya se iba fue: *“Mujeres de ciudad tenían que ser”*.—



“Mariana”

## *¿Esta compa camina con* **las patas o con las nalgas?**

Desde niña siempre tuve problemas con mis tobillos, y cuando entré a Morazán se acentuaron más para caminar por los agrestes caminos, sobre todo cuando tenía una mochila grande y un fusil, eso no me permitía mantenerme bien equilibrada y en la noche peor.

Siempre que cruzábamos las quebradas y los ríos los compas saltaban de piedra en piedra para evitar mojarse las botas, cuando yo lo intentaba caía irremediabilmente al río.

Como me caía a cada rato, siempre andaba el pantalón con las nalgas lodosas, cuando ellos y ellas apenas se enlodaban el ruedo del pantalón. Cuando llegué a la cocina a sacar mi comida, un compañero comentó: *Y ésta compa, camina con las patas o con las nalgas?*—

## *Se te quemó la casa* **y al comunicado no le pasó nada**

El campamento del Pedrero, era bonito, los aparatos y la cabina de grabación estaban en medio de dos grandes piedras y el techo estaba camuflajeado de hojas, para que no fueran vistos por los aviones.

Habíamos hecho nuestras champas diferentes, eran casi casas de verdad, habíamos conseguido láminas de asbesto y las paredes eran de zacate jaraguá. Los compas me habían hecho la mía, a la par de una piedra que me servía como pared y habían puesto zacate pachón en otra piedra que servía como cama. Además, había conseguido una mesa y una banquita que servía para escribir por las noches.

Era 31 de Diciembre de 1983, el Comandante Schafik estaba haciendo el Comunicado de fin de año de la Comandancia General del FMLN, y me enviaron a que él me explicara como lo iba a transcribir en máquina.

Bueno, el Comunicado tenía llamados de atención donde le agregaba frases y se saltaba de un párrafo a otro en forma desordenada, era como el “Juego de tripa shuca” que juegan los niños en la Escuela, por eso yo lo tenía que pasar en limpio para que Santiago no tuviera dificultades al leerlo ese día a las 6 de la tarde.

Me lo entregaron a las 5 de la tarde, yo se lo iba leyendo a Mariposa mientras lo escribía en la máquina de escribir, estábamos en la cabina de grabación, cuando entró Marianita y literalmente nos mandó a al diablo, porque iba a grabar unas cuñas y el ruido del tac- tac de la máquina se metía en la grabación.

Salimos gruñendo de bravas y nos metimos a mi champa, Yo escribía mientras Mariposa me dictaba el comunicado. En ese momento nos interrumpe Milton un compa de la Seguridad para pedir fuego para encender un cigarro, le encendí su cigarro, apagué y tire hacia atrás de mí la cerilla. En el momento que Mariposa me dice: *mejor escribo yo, porque vos sos muy lenta*.

Solo le había dicho una frase más, cuando aparece una llamarada atrás de Mariposa, había mucho viento y eso favoreció que en menos de 10 segundos mi champa quedara hecha cenizas. Solo nos dio tiempo de agarrar la máquina y el comunicado, se me quemó la ropa y todo lo que tenía en mi mochila. Cuando los compas llegaron con los cántaros de agua, me dijeron “*puta si ya todo se jodió*”.

Entonces dispuestas a todo nos fuimos a meter a la cabina de grabación a seguir escribiendo, cuando Marianita nos reprochó nuestro regreso, le salimos mucho más bravas y no le hicimos caso.

Total, al pobre Santiago le tocó leer el comunicado conmigo detrás señalándole las flechas hacia el siguiente párrafo. Nadie notó que hubiera algún titubeo en la lectura.

Como a la media hora del accidente llega Luisa asustada y me dice: “*¿es cierto que se quemó tu champa?*”... Sí, le conteste. *¿pero al comunicado no le pasó nada?*...No, le dije... *¡A vaya, menos mal!*, y se fué tranquila.—



“Mariposa”

## Un pequeño olvido

En el 83, el campamento estaba en La Polleta. Temprano en la mañana estaba bañándome, cuando un compa de Inteligencia Militar me dice: “¿ya vas a terminar de bañarte para que me llevés este mensaje a Atilio?”, dámelo le dije, ya termino de bañarme.

Me vestí, lave mi ropa y me fui. A los 2 días cuando fui a lavar mi pantalón, y al registrar las bolsas me encuentro con el mensaje que me habían dado, hasta entonces me di cuenta que se me olvidó entregarlo, éste decía: “Posible bombardeo al mediodía, prepárence”..—

## Samuel y su dolor

Samuel un compa moreno, pequeño y de muy buen humor de unos 17 años, miembro de la seguridad de la Venceremos era originario del Mozote.

En la masacre perdió a toda su familia: perdió a su mamá, papa, tíos, hermanas, hermanos, abuelitos y primos. En fin, allí murieron sus 45 familiares.

Cuando regresamos de Jucuarán en Enero del 82, lo veíamos pensativo, él había ido con los compas a enterrar a sus muertos. Nosotros le decíamos que llorara, que era malo no llorar, pero decía que no.

Como a los 6 meses de la masacre, había un operativo militar y a él le cayo una bomba cerca que lo lanzó por los aires, cuando lo trajeron al campamento sus heridas no eran físicas sino de lo más profundo de sus sentimientos. Empezó a llorar sin decir nada, lloraba y lloraba y no quería comer. Las mujeres lo acostábamos en medio de nosotras y lo calentábamos y lo abrazábamos brindándole nuestro afecto. Poco a poco dejó de llorar, hasta que se compuso. Al final del año, en otro operativo cuando estaba cubriendo una posición en la línea de fuego, le cayó un cañonazo y desapareció. Con él terminó su apellido, su familia y su dolor.—



“Emely”

## *El auto engaño de* **los recuerdos de familia**

Cuando se está lejos de su vida familiar, del mundo donde nacimos, y nos acostumbramos, comenzamos a recordar lo mejor o más gracioso que nos pasó de niñas o de jovencitas, y lo compartimos con los compas más cercanos a nosotros. Pero también, nos empezamos a engañar, a creer que las personas que nos hicieron pasar malos ratos no lo hacían por voluntad propia, sino por sus problemas, por la forma en que los criaron, por su ignorancia, etc... y también valoramos a las personas que sin decir que nos querían nos dieron lo mejor de ellos.


En esos años estando con muchas personas con los mismos ideales, con las que aguantamos hambre y frío, me sentí sola, muy sola y aprendí a refugiarme en el trabajo. En los pequeños recuerdos. Nunca lloré.



Entendí todo el amor que nos brindó mi abuelo “Papá Modesto” cuando éramos niñas. Bloqueé todos los recuerdos de mis hermanos, que en el momento más crucial me dieron la espalda; intenté bloquear los malos recuerdos de mi papá, que por fin en mis recuerdos, lo perdoné, y hasta llegué a justificarlo.

Encerrada en mis recuerdos rehacía los momentos más lindos con mi mamá, pero trataba de no recordar los de mis hermanas, porque ya no estaban. A veces me imaginaba el reencuentro con todos, lo bien que lo íbamos a pasar y perdonaba una y otra vez a mi papá. Terminó la guerra y todo lo que había soñado nunca fue realidad, mi papá seguía siendo el mismo, no tenía nada ni a nadie. Seguía estando sola otra vez. Mi mamá estaba anciana y muy enferma, mis hermanos no querían saber nada de mí, solo Pepe para reclamarme lo que todos estos años no pudo hacer. Yo no tenía donde vivir y con qué vivir. La familia con la que soñé tantas veces no existía, ni existiría nunca.

Entonces tomé la determinación de hacer mi vida en Morazán, sin familia, sin recuerdos, junto a la gente que de una u otra manera estaba igual que yo. Decidí comenzar de cero a hacer mi “castillo realidad”.—



Pertenezco a la desnudez  
de mi lenguaje  
y he quemado silencios y mentiras  
sabiendo que transformo  
la historia de las madres.

Mujer.  
Sólo mujer.  
¿Entiendes?  
Ni pajarilla del necesario albergue,  
ni alimento para deseosos animales,  
ni bosque de campánulas donde el cielo se olvida  
ni una hechichera con sus pequeños monstruos.

Claudia Lars

Palabras de la nueva mujer

# PAOLA LORENZANA

Bailarina, Poetisa y Comunicadora Social. Ganadora del "Concurso Internacional de Relato Hiperbreve, Círculo Cultural Faroni". España, 2004.

## Reconocida mujer

Me reconozco mujer  
en la historia que no cuento  
que todos los días aprendo  
recito al mundo  
donde me borran de los siglos,  
los trazos y las religiones

Reconocida mujer en la historia  
que me envuelve  
se vuelve mía  
no me reconoce: - No tengo fin- se justifica  
la historia es mujer  
aunque en ella no esté mi nombre....

## Suspiro

El sol salió. Y ella, se levanta con el  
canto del gallo.  
Hay que ayudar a limpiar.  
Sus 12 años le pesan unos kilos más.  
Mira la nueva redondez de su vientre.  
Pronto nacerá... "-¿Querrá jugar conmigo?"



## Ciclos

Talvez, algún día, ya no escriba  
ya no escuche  
ya no escupa lágrimas  
Talvez algún día tu espacio se me muera  
navigue en mi vacío o encuentre algo que lo llene...

Talvez algún día ya no sienta  
y deje de abandonarme a la pequeñísima  
capacidad de amar de los demonios  
Talvez me ahogue  
y no me absorba la ira  
deje libre el sentimiento de culpa  
y no me importen las cegueras ajenas...

Talvez quiera cicatrizar el desequilibrio  
Talvez ese día llegue ahora  
o por lo menos mañana  
que todavía no muero...

## Se siente

Nuestra muerte es la que no se encuentra  
la que llega en silencio  
obstruye una arteria  
choca con espejos  
deja la puerta con llave  
se esconde en senderos oscuros  
nuestra muerte está en lo que no se ve  
en el doble arcoiris al despegar  
el temblor que aborda con el equipaje  
el correo nunca escrito  
nuestras muertas están en los titulares,  
el noticiero, la esquela, lo escrito y lo bailado...  
Nuestras muertas ya no están,  
se sienten...



# Las mujeres Salarrué

Zélie Larde, la esposa.

Olga, Maya y Aída, las hijas...

Todas ellas compartieron con Salarrué la vena artística, la pintura, la escultura, el canto y una sensible creatividad.

"Papá nos llevaba de madrugada a la terminal de buses y nos íbamos a los pueblitos. Nos bajábamos y caminábamos por donde fuera, compraba semitas o algo así y el montón de chuchos detrás de nosotros porque le íbamos dando semitas."

Si, fue una vida linda, dolorosa en ciertas partes, pero linda, a mi me dejó tanto, aprendí tanto de papá y mamá. Estaré siempre agradecida por eso, por haber nacido en la tierra de El Salvador que era tan linda cuando yo era niña, y de haber nacido en esa familia\*\*



\*entrevista realizada por Cirilo Henríquez González a Olga Salarrué, Nueva Jersey, septiembre 2003



Cuentos de...

# Cipotes!

en dibujos animados

de

Salarrué



DVD disponible  
en el MUIPI y en librerías...

2275-4870

MUSEO de la  
Palabra y la Imagen



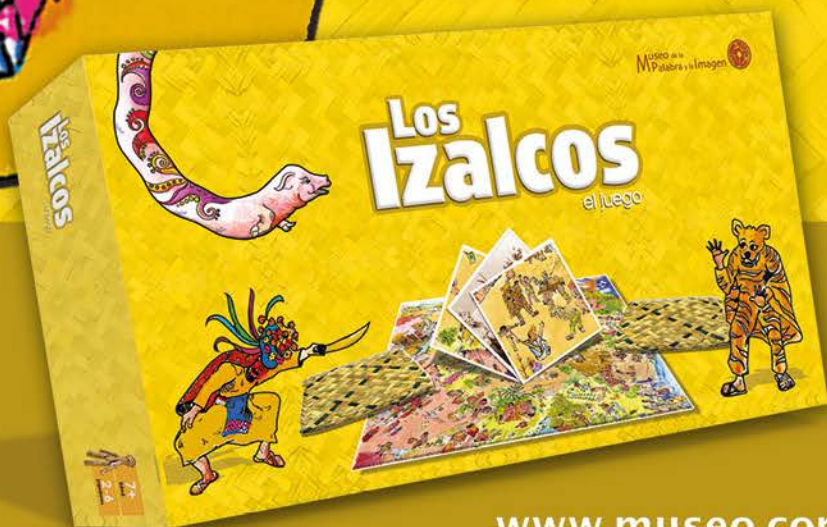
# Los Izalcos

el juego



¡El juego “Los Izalcos” es una forma divertida de conocer y valorizar nuestra cultura!

Para ser compartido en familia o en la escuela.  
El mejor obsequio para niños y niñas...



MUSEO de la  
Palabra y la Imagen 

Pedidos a:  
Museo de la Palabra y la Imagen  
27 Av. Norte, #1140, Urb. La Esperanza  
Teléfono: 2275-4870  
mupi@museo.com.sv

[www.museo.com.sv](http://www.museo.com.sv)